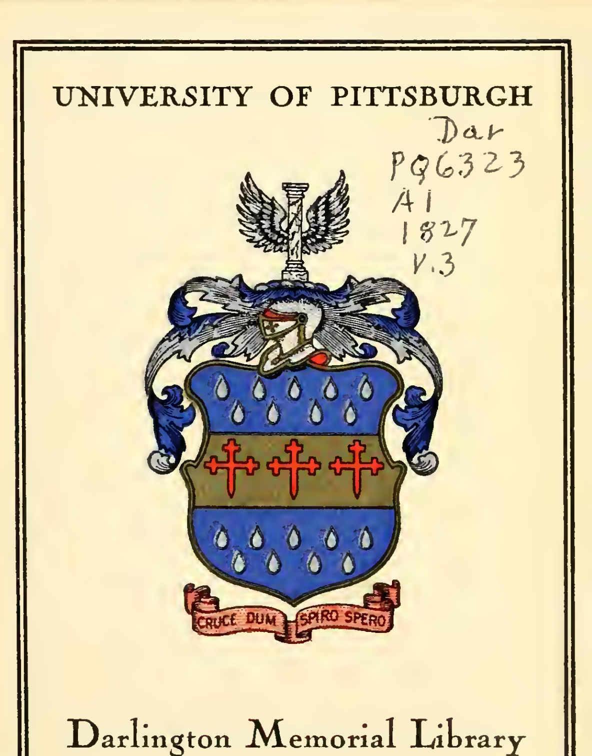

UNIVERSITY OF PITTSBURGH
Dar
PQ6323
A1
1827
V.3
CRUCE DUM SPIRO SPERO
Darlington Memorial Library

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

Se vende en la Librería de CORMON y BLANC:

En LYON, calle Sala, nº 30.

En PARIS, calle Montmartre, nº 167.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR MIGUEL CERVANTES DE SAAVEDRA.

TOMO III.



PARIS,

Librería de CORMON y BLANC.

1827.

EL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE

DE LA MANCHA.

CONTINUACION

DE LA PRIMERA PARTE.

CAPITULO XXXV.

Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y se da fin á la novela del Curioso impertinente.

Poco mas quedaba por leer de la novela cuondo del camarachon donde reposaba Don Quijote salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo á voces: acudid señores presto, y socorred á mi señor que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que ha dado una cuchillada al gigante

enemigo de la señora Princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercen á cercen como si fuera un nabo. ¿Que decis, hermano? dijo el cura, dejando de leer lo que de la novela quedaba, ¿estais en vos, Sancho? como diablos puede ser eso que decis estando el gigante dos mil leguas de aquí; en esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que Don Quijote decia á voces: tente ladron, malandrin, follon, que aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes, y dijo Sancho: no tienen que pararse á escuchar, sino entren á despartir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, dijo á esta sazon el ventero, si Don Quijote ó Don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre: y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á Don Quijote en el mas extraño trage del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detras tenia seis dedos menos: las piernas eran

muy largas y flacas llenas de vello y no nada limpias: tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero: en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabia bien el porque y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algun gigante: y es lo bueno que no tenia los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante: que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya habia llegado al reino de Micomicon y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y habia dado tantas cuchilladas en los cueros creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino: lo cual visto por el ventero tomó tanto enojo que arremetió con Don Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes que si Cardenio y el cura no se le quitaran, el acabara la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trajo un gran caldero de agua fria del pozo y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó Don Quijote, mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea, que vió cuan corta y sutilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla

de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba dijo: ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamento, que la otra vez en este mismo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mojicones y porrazos sin saber quien me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Que sangre ni que fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero, ¿no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí estan horadados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado que por no hallar esta cabeza se me ha de deshacer mi Condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros. Tenia el cura de las

manos á Don Quijote, el cual creyendo que habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la Princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir de hoy mas segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura: y yo tambien de hoy mas soy quito de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. ¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí que no estaba yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante; ciertos son los toros, mi Condado está de molde. ¿Quien no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian sino el ventero que se daba á Satanás; pero en fin tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que con no poco trabajo dieron con Don Quijote en la cama, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir, y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros; y la ventera decia en voz y en grito: en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta: la vez

pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada, para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que mala aventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que asi estaba escrito en los aranceles de la caballería andantesca : y ahora por su respeto vino estotro señor, y me llevó mi cola y hámela vuelto con mas de dos cuartillos de daño, toda pelada que no puede servir para lo que la quiere mi marido, y por fin y remate de todo romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre : pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el siglo de mi madre, si no me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo ni seria hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritórnes. La hija callaba, y de cuando en cuando se sonreia. El cura la sosegó todo prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, asi de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia en viéndose pacífica en su reino de darle

el mejor Condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la Princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que si no parecia era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que asi lo creia, y que no tuviese pena, que todo se haria bien y sucederia á pedir de boca. Sosegados todos, el cura quiso acabar de leer la novela porque vió que faltaba poco. Cardenio, Dorotea y todos los demas le rogaron la acabase: él que á todos quiso dar gusto, y por el que él tenia de leerla, prosiguió el cuento, que asi decia:

Sucedió pues que por la satisfaccion que Anselmo tenia de la bondad de Camila, vivia una vida contenta y descuidada, y Camila de industria hacia mal rostro á Lotario, porque Anselmo entendiese al reves de la voluntad que le tenia; y para mas confirmacion de su hecho pidió licencia Lotario para no venir á su casa, pues claramente se mostraba la pesadumbre que con su vista Camila recibia; mas el engañado Anselmo le dijo que en ninguna manera tal hiciese: y de esta manera por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonra, creyendo que lo era de su gusto. En esto el gozo que tenia Leonela de verse calificada en sus

amores, llegó á tanto que sin mirar á otra cosa se iba tras él á suelta rienda, y fiada en que su señora la encubria, y aun la advertia del modo que con poco rezelo pudiese ponerle en ejecucion. En fin una noche sintió Anselmo pasos en el aposento de Leonela, y queriendo entrar á ver quien los daba sintió que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerza hizo que la abrió, y entró dentro á tiempo que vió que un hombre saltaba por la ventana á la calle: y acudiendo con presteza á alcanzarle, ó conocerle, no pudo conseguir lo uno ni lo otro, porque Leonela se abrazó con él diciéndole: sosiégate, señor mio; y no te alborotes ni sigas al que de aquí saltó: es cosa mia, y tauto que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo sacó la daga y quiso herir á Leonela, diciéndole que le dijese la verdad si no que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que se decia, le dijo no me mates, señor, que yo te diré cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dijo Anselmo, si no muerta eres. Por ahora será imposible, dijo Leonela, segun estoy de turbada, déjame hasta mañana, que entonces sabrás de mí lo que te ha de admirar: está seguro que el que saltó por esta ventana es un mancebo de esta ciudad que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sosegóse con esto Anselmo, y quiso aguardar el término que se

le pedia porque no pensaba oir cosa que contra Camila fuese, por estar de su bondad tan satisfecho y seguro, y asi se salió del aposento y dejó encerrada en él á Leonela, diciéndole que de allí no saldria hasta que le dijese lo que tenia que decirle. Fué luego á ver á Camila y á decirle, como le dijo, todo aquello que con su doncella le habia pasado, y la palabra que le habia dado de decirle grandes cosas y de importancia. Si se turbó Camila ó no, no hay para que decirlo, porque fué tanto el temor y espanto que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela habia de decir á Anselmo todo lo que sabia de su poca fe, que no tuvo ánimo para esperar si su sospecha salia falsa ó no: y aquella misma noche, cuando le pareció que Anselmo dormia, juntó las mejores joyas que tenia y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida salió de casa y se fué á la de Lotario, á quien contó lo que pasaba, y le pidió que la pusiese en cobro, ó que se ausentasen los dos donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confusion en que Camila puso á Lotario fué tal que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse en lo que haria. En fin acordó de llevar á Camila á un monasterio en que era Priora una su hermana. Consintió Camilla en ello, y con la presteza que el caso pedia la llevó Lotario y la dejó en el monasterio, y él asimismo se ausentó luego de la

ciudad sin dar parte á nadie de su ausencia. Cuando amaneció : sin echar de ver Anselmo que Camila faltaba de su lado, con el deseo que tenia de saber lo que Leonela queria decirle, se levantó y fué adonde la habia dejado encerrada. Abrió y entró en el aposento, pero no halló en él á Leonela, solo halló puestas unas sábanas añudadas á la ventana, indicio y señal que por allí se habia descolgado é ido. Volvió luego muy triste á decírselo á Camila, y no hallándola en la cama ni en toda la casa quedó asombrado. Preguntó á los criados de casa por ella, pero nadie le supo dar razon de lo que pedia. Acertó acaso, andando á buscar á Camila, que vió sus cofres abiertos y que de ellos faltaban las mas de sus joyas y con esto acabó de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura : y asi como estaba, sin acabarse de vestir, triste y pensativo, fué á dar cuenta de su desdicha á su amigo Lotario; mas cuando no le halló, y sus criados le dijeron que aquella noche habia faltado de casa y habia llevado consigo todos los dineros que tenia, pensó perder el juicio : y para acabar de concluir con todo, volviéndose á su casa no halló en ella ninguno de cuantos criados ni criadas tenia, sino la casa desierta y sola. No sabia que pensar, que decir, ni que hacer, y poco á poco se le iba volviendo el juicio. Contemplábase y mirábase en un

instante sin muger, sin amigo y sin criados, desamparado á su parecer del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vió su perdicion. Resolvióse en fin, á cabo de una gran pieza, de irse á la aldea de su amigo donde habia estado cuando dió lugar á que se maquinase toda aquella desventura. Cerró las puertas de su casa, subió á caballo y con desmayado aliento se puso en camino: y apenas hubo andado la mitad, cuando acosado de sus pensamientos le fué forzoso apearse y arrendar su caballo á un árbol, á cuyo tronco se dejó caer dando tiernos y dolorosos suspiros, y allí se estuvo hasta que casi anochecia, y á aquella hora vió que venia un hombre á caballo de la ciudad, y despues de haberle saludado le preguntó que nuevas habia en Florencia. El ciudadano respondió: las mas extrañas que muchos dias ha se han oido en ella, porque se dice públicamente que Lotario, aquel grande amigo de Anselmo el rico, que vivia á San Juan, se llevó esta noche á Camila, muger de Anselmo, el cual tampoco parece. Todo esto ha dicho una criada de Camila, que anoche la halló el Gobernador descolgándose con una sábana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efecto no sé puntualmente como pasó el negocio, solo sé que toda la ciudad está admirada de este suceso, porque no se podia esperar tal hecho de la mucha y familiar amistad de los

dos, que dicen que era tanta que los llamaban los dos Amigos. ¿Sábese por ventura, dijo Anselmo, el camino que llevan Lotario y Camila? Ni por pienso, dijo el ciudadano, puesto que el Gobernador ha usado de mucha diligencia en buscarlos. Á Dios vais, señor, dijo Anselmo. Con él quedeis, respondió el ciudadano, y fuése.

Con tan desdichadas nuevas casi casi llegó á términos Anselmo no solo de perder el juicio, sino de acabar la vida. Levantóse como pudo y llegó á casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia; mas como le vió llegar amarillo, consumido y seco, entendió que de algun grave mal venia fatigado. Pidió luego Anselmo que le acostasen, y que le diesen aderezo de escribir. Hízose asi, y dejáronle acostado y solo, porque él asi lo quiso y aun que le cerrasen las puertas. Viéndose pues solo comenzó á cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conoció, por las premisas mortales que en sí sentia, que se le iba acabando la vida, y asi ordenó de dejar noticia de la causa de su extraña muerte: y comenzando á escribir, antes que acabase de poner todo lo que queria, le faltó el aliento, y dejó la vida en las manos del dolor que le causó su curiosidad impertinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde y que Anselmo no llamaba, acordó de entrar á saber si pasaba adelante su indisposicion,

y hallóle tendido boca abajo, la mitad del cuerpo en la cama y la otra mitad sobre el bufete, sobre el cual estaba con el papel escrito y abierto, y él tenia aun la pluma en la mano. Llegóse el huésped á él habiéndole llamado primero, y trabándole por la mano, viendo que no le respondia y hallándole frio, vió que estaba muerto. Admiróse y congojóse en gran manera, y llamó á la gente de casa para que viesen la desgracia á Anselmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que conoció que de su misma mano estaba escrito, el cual contenia estas razones:

» Un necio é impertinente deseo me quitó la vida. Si las nuevas de mi muerte llegaren á los oidos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaba ella obligada á hacer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiciese: y pues yo fuí el fabricador de mi deshonra, no hay para que.... »

Hasta aquí escribió Anselmo, por donde se echó de ver que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabó la vida. Otro dia dió aviso su amigo á los parientes de Anselmo de su muerte, los cuales ya sabian su desgracia, y el monasterio donde Camila estaba casi en el término de acompañar á su esposo en aquel forzoso viage, no por las nuevas del muerto esposo, mas por las que supo del ausente amigo. Dícese que aunque se vió viuda no quiso sa-

lir del monasterio, ni menos hacer profesion de monja hasta que (no de allí á muchos dias) le vinieron nuevas que Lotario habia muerto en una batalla, que en aquel tiempo dió Monsieur de Lautrec al gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba en el reino de Nápoles, donde habia ido á parar el tarde arrepentido amigo: lo cual sabido por Camila hizo profesion, y acabó en breves dias la vida á las rigurosas manos de tristezas y melancolías. Este fué el fin que tuvieron todos, nacido de un tan desatinado principio.

Bien, dijo el cura, me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad: y si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galan y una dama, pudiérase llevar, pero entre marido y muger, algo tiene del imposible: y en lo que toca al modo de contarle no me descontenta.

CAPÍTULO XXXVI.

Que trata de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

Estando en esto, el ventero que estaba á la puerta de la venta dijo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí gaudeamus tenemos. ¿Que gente es? dijo Cardenio. Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la gineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces negros, y junto con ellos viene una muger vestida de blanco en un sillon asimismo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pie. ¿Vienen muy cerca? preguntó el cura. Tan cerca, respondió el ventero que ya llegan. Oyendo esto Dorotea se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de Don Quijote, y casi no habian tenido lugar para esto, cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear la muger que en el sillon venia: y tomándola uno de ellos en sus brazos la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento donde Carde-

nio se habia escondido. En todo este tiempo, ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pie llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura, deseoso de saber que gente era aquella que con tal trage y tal silencio estaba, se fué donde estaban los mozos y á uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba, el cual le respondió: pardiez, señor, yo no sabré deciros que gente sea esta, solo sé que muestra ser muy principal especialmeute aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto: y esto dígolo porque todos los demas le tienen respeto, y no se hace otra cosa mas de la que él ordena y manda. ¿ Y la señora quien es? preguntó el cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar sí la he oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos mas de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque habiéndolos encontrado en el camino nos rogaron y persuadieron qne viniésemos con ellos hasta el Andalucía, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿ Y habeis oido nom-

brar á alguno de ellos? preguntó el cura. No por cierto, respondió el mozo, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otras cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, qne nos mueve á lástima, y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va, y segun se puede colegir por su hábito ella es monja ó va á serlo, que es lo mas cierto: y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el mongío va triste como parece. Todo podria ser, dijo el cura; y dejándolos se volvió adonde estaba Dorotea, la cual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion se llegó á ella y le dijo: que mal sentis, señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. Á todo esto callaba la lastimada señora, y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio hasta que llegó el caballero embozado, que dijo el mozo que los demas obedecian, y dijo á Dorotea: no os canseis, señora en ofrecer nada á esa muger, porque tiene por costumbre de no agradececer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda si no quereis oir alguna mentira de su boca. Jamas la dije, dijo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando, antes por ser tan verda-

dera y tan sin trazas mentirosas, me veo ahora en tanta desventura, y de esto vos mismo quiero que seais el testigo, pues mi pura verdad os hace á vos ser falso y mentiroso. Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de Don Quijote estaba en medio, y asi como las oyó, dando una gran voz dijo: ¡ válgame Dios! ¿ que es esto que oygo? que voz es esta que ha llegado á mis oidos! Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba se levantó en pie, y fuése á entrar en el aposento, lo cual visto por el caballero la detuvo sin dejarla mover un paso. Á ella con la turbacion y desasosiego se le cayó el tafetan con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso, aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saber por que las hacia, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba; vió que el que abrazada asi-

mismo la tenia, era su esposo Don Fernando; y apenas le hubo conocido cuando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un largo y tristísimo ¡ay! se dejó caer de espaldas desmayada: y á no hallarse allí junto el barbero que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura á qnitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y asi como la descubrió la conoció Don Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedò como muerto en verla, pero no porque dejase con todo esto de tener á Lucinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos la cual habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ¡ay! que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Lucínda salió del aposento despavorido, y lo primero que vió fué á Don Fernando que tenia abrazada á Lucinda. Tambien Don Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Lucinda, Cardenio y Dorotea quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos, y mirábanse todos, Dorotea à Don Fernando, Don Fernando á Cardeuio, Cardenio á Lucinda, y Luscinda á Cardeuio. Mas quien primero rompió el silencio fué Lucinda hablando á Don Fernando de esta manera: dejadme, señor Don Fernando, por lo que debeis á ser quien sois, ya que por otro respeto no lo

hagais, dejadme llegar al muro de quien yo soy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promesas, ni vuestras dádivas: notad como el Cielo por desusados y á nosotros encubiertos caminos, me ha puesto á mi verdadero esposo delante: y bien sabeis por mil costosas experiencias que sola la muerte fuera bastante para borrarle de mi memoria: sean pues parte tan claros desengaños para que volvais (ya que no podais hacer otra cosa) el amor en rabia, la voluntad en despecho, y acabadme con él la vida, que como yo la rinda delante de mi buen esposo, la daré por bien empleado: quizá con mi muerte quedará satisfecho de la fe que le mantuve hasta el último trance de la vida. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Lucinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quien ella era, y viendo que Don Fernando aun no la dejaba de sus brazos ni respondia á sus razones, esforzándose lo mas que pudo se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus pies, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, asi le comenzó á decir.

Si ya no es, señor mio, que los rayos de este sol que en tus brazos eclipsado tienes, te

quitan y ofuscan los de tus ojos, ya habrás echado de ver que la que á tus pies está arrodillada es la sin ventura, hasta que tú quieras y la desdichada Dorotea. Yo soy aquella labradora humilde, á quien tú por tu bondad ó por tu gusto quisiste levantar á la alteza de poder llamarse tuya: soy la que encerrada en los límites de la honestidad vivió vida contenta, hasta que á las voces de tus importunidades, y al parecer justos y amorosos sentimientos, abrió las puertas de su recato y te entregó las llaves de su libertad: dádiva de ti tan mal agradecida, cual lo muestra bien claro haber sido forzoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo á ti de la manera que te veo. Pero con todo esto no querria que cayese en tu imaginacion pensar que he venido aquí con pasos de mi deshonra, habiéndome traido solos los del dolor y sentimiento de verme de ti olvidada. Tú quisiste que yo fuese tuya, y quisístelo de manera que aunque ahora quieras que no lo sea, no será posible que tú dejes de ser mio. Mira, señor mio, que puede ser recompensa á la hermosura y nobleza por quien me dejas la incomparable voluntad que te tengo: tú no puedes ser de la hermosa Lucinda porque eres mio, ni ella puede ser tuya porque es de Cardenio: y mas fácil será, si en ello miras, reducir tu voluntad á querer á quien te adora, que no encaminar la que te aborrece á

que bien te quiera. Tú solicitaste mi descuido, tú rogaste mi entereza, tú no ignoraste mi calidad, tú sabes bien de la manera que me entregué á toda tu voluntad, no te queda lugar ni acogida de llamarte á engaño; y si esto es asi, como lo es, y tú eres tan cristiano como caballero, ¿ por que por tantos rodeos dilatas de hacerme venturosa en los fines, como me hiciste en los principios? Y si no me quieres por lo que soy, que soy tu verdadera y legítima esposa, quiéreme á lo menos y admíteme por tu esclava, que como yo esté en tu poder me tendré por dichosa y bien afortunada. No permitas con dejarme y desampararme, que se hagan y junten corrillos en mi deshonra: no des tan mala vejez á mis padres, pues no lo merecen los leales servicios que como buenos vasallos á los tuyos siempre han hecho: y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera que pocas ó ninguna nobleza hay en el mundo que no haya corrido por este camino, y que la que se toma de las mugeres no es la que hace al caso en las ilustres descendencias; cuanto mas que la verdadera nobleza consiste en la virtud: y si esta á ti te falta, negándome lo que tan justamente me debes, yo quedaré con mas ventajas de noble que las que tú tienes. En fin, señor, lo que últimamente te digo es que quieras ó no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras

que no han ni deben ser mentirosas, si ya es qne te precias de aquello porque me desprecias: testigo será la firma que hiciste, y testigo el Cielo á quien tú llamaste por testigo de lo que me prometias: y cuando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, volviendo, por esta verdad que te he dicho, y turbando tus mejores gustos y contentos. Estas y otras razones dijo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento y lágrimas que los mismos que acompañaban á Don Fernando, y cuantos presentes estaban, la acompañaron en ellas. Escuchóla Don Fernando sin replicarle palabra, hasta que ella dió fin á las suyas y principio á tantos sollozos y suspiros, que bien habia de ser corazon de bronce el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirándola estaba Lucinda, no menos lastimada de su sentimiento que admirada de su mucba discrecion y hermosura: y aunque quisiera llegarse á ella y decirle algunas palabras de consuelo, no la dejaban los brazos de Don Fernando que apretada la tenian: el cual lleno de confusion y espanto al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos y dejando libre á Lucinda dijo: venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Lucinda habia te-

nido, asi como la dejó Don Fernando iba á caer en el suelo: mas hallándose Cardenio allí junto, que à las espaldas de Don Fernando se habia puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor y aventurando á todo riesgo acudió á sostener á Lucinda, y cogiéndola entre sus brazos le dijo: si el piadoso Cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro que en estos brazos que ahora te reciben y otro tiempo te recibieron cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. Á estas razones puso Lucinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta á ningun honesto respeto le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio le dijo: vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño de esta vuestra cautiva, aunque mas lo impida la contraria suerte, y aunque mas amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para Don Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tan no visto suceso. Parecióle á Dorotea que Don Fernando habia perdido el color del rostro, y que hacia ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponerla en la espada; y asi como lo pensó, con no vista pres-

teza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decia: ¿Que es lo que piensas hacer, único refugio mio, en este tan impensado trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea está en los brazos de su marido: mira si te estará bien ó te será posible deshacer lo que el Cielo ha hecho, ó si te convendrá querer levantar á igual á ti mismo á la que pospuesto todo inconveniente, confirmada en su verdad y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañados de licor amoroso el rostro y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan, sin impedimento tuyo, todo el tiempo que el Cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Lucinda, no quitaba los ojos de Don Fernando con determinacion de que si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio procurar defenderse y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida; pero á

ésta sazon acudieron los amigos de Don Fernando, y el cura y el barbero que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á Don Fernando suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese quedase defraudada en sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso como parecia, sino con particular providencia del Cielo se habian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba: y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podia apartar á Lucinda de Cardenio, y aunque los dividiesen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicísima su muerte; y que en los casos irremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozasen el bien que el Cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos asimismo en la beldad de Dorotea, y veria, que pocas ó ninguna se podian igualar, cuanto mas hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia: y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano que no podia hacer otra cosa que cumplirle la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliria con Dios y satisfaria

á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sugeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo: y cuando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no intervenga pecado, no debe de ser culpado el que las sigue. En efecto á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de Don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera: y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto fué abajarse y abrazar á Dorotea diciéndole: levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aquí no he dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del Cielo para que viendo yo en vos la fe con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es que no me reprendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para acetaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad volved y mirad los ojos de la ya contenta Lucinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis yerros: y pues ella halló y alcanzó

lo que deseaba, y yo he hallado en vos lo que me cumple. viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de rodillas rogaré al Cielo que me los deje vivir con mi Dorotea. Y diciendo esto la tornó á abrazar y juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No lo hicieron asi las de Lucinda y Cardenio, y aun las de casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio y los otros del ageno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba, aunque despues dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la Reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio y Lucinda se fueron á poner de rodillas ante Don Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones que Don Fernando no sabia que responderles, y asi los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea le dijese como habia venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes habia contado á Cardenio: de lo cual

gustó tanto Don Fernando y los que con él venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo; tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras: y asi como hubo acabado, dijo Don Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Lucinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dijo que la quiso matar, y lo hiciera si de sus padres no fuera impedido. y que asi se salió de su casa despechado y corrido con determinacion de vengarse con mas comodidad: y que otro dia supo como Lucinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decir donde se habia ido, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida si no la pudiese pasar con Cardenio: y que asi como lo supo, escogiendo para su compañía aquellos tres caballeros, vino al lugar donde estaba; á la cual no habia querido hablar temeroso que en sabiendo que él estaba allí habia de haber mas guarda en el monasterio: y asi aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el monasterio buscando á Lucinda, la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar donde se acomodaron

de aquello que hubieron menester para traerla: todo lo cual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dijo que asi como Lucinda se vió en su poder perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar, sin hablar palabra alguna: y que asi acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima viendo que se le desaparecian é iban en humo las esperanzas de su dictado, y que la linda Princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, y el gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podia asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseia; Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Lucinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al Cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma: y finalmente cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habian tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba era la ventera, por la promesa que Car-

denio y el cura le habian hecho de pagarle todos los daños é intereses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y asi con melancólico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: bien puede vuestra merced, Señor Triste figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante ni de volver á la Princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió Don Quijote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un reves, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás. Y que es lo que dices, loco, replicó Don Quijote, ¿estás en tu seso? Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho y lo que tenemos que pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea con otros sucesos,

que si cae en ellos le han de admirar. No me maravillaria de nada de eso, replicó Don Quijote, porque si bien te acuerdas la otra vez que aquí estuvimos, te dije yo que todo cuanto aquí sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mismo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa de ese jaez, mas no lo fué, sino real y verdaderamente: y vi yo que el ventero que aquí está hoy dia, tenia del un cabo de la manta y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dijo Don Quijote, dame de vestir y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho; y en el entretanto que se vestia contó el cura á Don Fernando y á los demas las locuras de Don Quijote, y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron por parecerles lo que á todos parecia, ser el mas extraño género de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dijo mas el

cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Lucinda haria y representaria suficientemente la persona de Dorotea. No, dijo Don Fernando, no ha de ser asi, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy lejos de aquí el lugar de este buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. — No está mas de dos jornadas de aquí. — Pues aunque estuviera mas, gustara yo de caminarlas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto Don Quijote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco ó lanzon. Suspendió á Don Fernando y á los demas la extraña presencia de Don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el cual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

Estoy informado, hermosa señora, de este mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha desecho, porque de reina y gran señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto

ha sido por órden del rey nigromante vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso como otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y . . . . quiero callar porque no me digan que miento; pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirá cuando menos lo pensemos. Vístesos vos con dos cueros que no con un gigante, dijo á esta sazon el ventero, al cual mandó Don Fernando que callase y no interrumpiese la plática de Don Quijote en ninguna manera, y Don Quijote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho esta metamorfósis en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dijo mas Don Quijote, y esperó á que la princesa le respondiese, la cual, como ya

sabia la determinacion de Don Fernando de que se prosiguise adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: quien quiera que os dijo, valeroso Caballero de la triste figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fuí me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invencible brazo, que siempre he tenido. Asi que, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamas acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos de ella los mas de estos señores que estan presentes: lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho. Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quijote se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: ahora te dijo, Sanchuelo;

que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto..... (y miró el Cielo y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. Vuestra merced se sosiegue, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora Princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cacabeza del gigante, ó á lo menos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí estan heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento: y si no, al freir de los huevos lo verá, quiero decir que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demas, de que la señora reina se esté como se estaba me rogocijo en el alma, porque me va mi parte como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dijo Don Quijote, que eres un mentecato,

y perdóname, y basta. Basta, dijo Don Fernando, y no se hable mas en esto: y pues la señora princesa dice que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase asi, y esta noche la podrémos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañarémos al señor Don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso de esta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió Don Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun mas si mas costarme puede. Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quijote y Don Fernando; pero á todo puso silencio un pasagero que en aquella sazon entró en la venta, el cual eu su trage mostraba ser cristiano recien venido de tierra de moros; porque venia vestido con una casaca de paño azul corta de faldas, con medias mangas y sin cuello, los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete del mismo color: traia unos borceguíes datilados, y un alfange morisco puesto en un tahalí que le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una muger á la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza: traia un

bonetillo de brocado, y vestida una almalafa que desde los hombros á los pies la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta: en resolucion él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida. Pidió en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recibir pesadumbre, y llegándose á la que en el trage parecia mora la apeó en sus brazos. Lucinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritórnes llevadas del nuevo y para ellas nunca visto trage, rodearon á la mora, y Dorotea que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que asi ella come el que la traia se congojaban pór la falta del aposento, le dijo: no ós dé mucha pena, señora mia, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustareis de posar con nosotras, señalando á Lucinda, quizá en el discurso de este camino habréis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa mas que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia

de ser mora, y que no sabia hablar cristiano. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo: señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Lucinda, sino ofrecerle por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodarémos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los extrangeros que de ello tuvieren necesidad, especialmente siendo muger á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dijo Dorotea, ¿esta señora es cristiana ó mora? porque el trage y el silencio nos hace pensar que es lo que na querríamos que fuese. — Mora es en el trage y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene grandísimos deseos de serlo. ¿Luego no es bautizada? replicó Lucinda. No ha habido lugar para ello, respon-

dió el cautivo, despues que salió de Argel su patria y tierra, y hasta ahora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana que obligase á bautizarla sin que supiese primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa iglesia manda; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su hábito y el mio. Con estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban de saber quien fuese la mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntara le dijese lo que decian y lo que ella haria. Él en lengua arábiga le dijo que le pedian se quitase el embozo y que lo hiciese, y asi se le quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Lucinda, y Lucinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podia igualar al de las dos era el de la mora, y aun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y gracia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa

mora. Preguntó Don Fernando al cautivo como se llamaba la mora, el cual respondió que Lela Zoraida, y asi como esto oyó ella entendió lo que le habian preguntado al cristiano, y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire: no, no Zoraida: María, María; dando á entender que se llamaba María y no Zoraida. Estas palabras, y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar mas de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mugeres que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Lucinda con mucho amor diciéndole: sí, sí, María, María: á lo cual respondió la mora: sí, sí, María; *Zoraida macange*, que quiere decir no. Ya en esto llegaba la noche, y por órden de los que venian con Don Fernando habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada pues la hora sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo, porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á Don Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Lucinda y Zoraida, y frontero de ellas Don Fernando y Cardenio, y luego el cautivo y los demas caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero: y asi cenaron con mucho

contento, y acrecentóseles mas viendo que dejando de comer Don Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir: Verdaderamente si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no ¿cual de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta de este castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? Quien podrá decir que esta señora que está á mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel caballero de la Triste figura que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar sino que este arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto mas se ha de tener en estima cuanto á mas peligros está sujeto. Quítenseme de delante los que dijeren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos mas se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester mas de buenas fuerzas, ó como si en esto que llamamos armas los que

las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento: ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército, ó la defensa de una ciudad sitiada, asi con el espíritu como con el cuerpo. Si no, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á saber y conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues asï que las armas requieren espíritu como las letras, veamos ahora cual de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja mas: y esto se vendrá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al Cielo, que á un fin tan sin fin como este ninguno otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva y dar á cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso y alto, y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la

paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida: y asi las primeras buenas nuevas que tuvo el mundo, y tuvieron los hombres, fueron las que dieron los ángeles la noche que fué nuestro dia, cuando cantaron en los aires: «gloria sea en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad:» y la salutacion que el mejor maestro de la tierra y del Cielo enseñó á sus allegados y favorecidos, fué decirles que cuando entrasen en alguna casa dijesen: «paz sea en esta casa:» y otras muchas veces les dijo: «mi paz os doy, mi paz os dejo, paz sea con vosotros:» bien como joya y prenda dada y dejada de tal mano, joya que sin ella en la tierra ni en el cielo puede haber bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es decir armas que guerra. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ventaja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado y á los del profesor de las armas, y véase cuales son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática Don Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban le tuviesen por loco, antes como todos los mas eran caballeros á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y el prosiguió diciendo: digo pues que los trabajos del

estudiante son estos; principalmente pobreza, no porque todós sean pobres, sino por poner este caso en todo el extremo que pueda ser: y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no habia que decir mas de su mala ventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena: esta pobreza la padece por sus partes, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta que no coma, aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman andar á la sopa, y no les falta algun ageno brasero, ó chimenea que si no calienta á lo menos entibie su frio, y en fin la noche duermen debajo de cubierta. No quiero llegar á otras menudencias, conviene á saber de la falta de camisas y no sobra de zapatos, la raridad y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto cuando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acullá, tornando á caer acá, llegan al grado que desean, el cual alzando á muchos, hemos visto que habiendo pasado por estas sirtes y por estas Scilas y Caríbdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en

refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos: premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atras en todo, como ahora diré.

CAPÍTULO XXXVIII.

Que trata del curioso discurso que hizo Don Quijote de las armas y de las letras.

Prosiguiendo Don Quijote dijo: Pues comenzámos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y verémos que no hay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene ó tarde ó nunca, ó á lo que garbeare por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia: y á veces suele ser su desnudez tanta que un coleto acuchillado le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda, la cual si no es por su culpa jamas pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y revolverse en ella á su sabor sin temor que se le encojan las sá-

banas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán la borla en la cabeza, hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna: y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vense raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿cuan menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo. Todo esto es al reves en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen en que entretenerse: asi que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero á esto se puede responder que es mas fácil premiar á dos mil letrados que á treinta mil soldados, porque á aquellos se premia con darles oficios que por fuerza se han de dar á los de su profesion, y á estos no se pueden premiar sino con la misma hacienda del señor á quien sirven, y esta imposibilidad

fortifica mas la razon que tengo. Pero dejemos esto aparte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino volvamos á la preeminencia de las armas contra las letras : materia que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada uno de su parte alega : y entre las que he dicho, dicen las letras que sin ellas no se podrian sustentar las armas, porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. Á esto responden las armas que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de corsarios : y finalmente si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarian sujetos al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas : y es razon averiguada que aquello que mas cuesta, se estima y debe de estimar en mas. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; más llegar uno por sus términos á ser buen soldado, le cuesta todo lo que á al estudiante, en tanto mayor grado que

no tienen comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y que temor de necesidad y pobreza puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene un soldado que hallándose cercado en alguna fuerza, y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos estan minando hácia de parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Solo lo que puede hacer es dar noticia á su capitan de lo que pasa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si se le iguala ó hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos pies de tabla del espolon, y con todo esto viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los pies iria á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan es-

trecho paso al bajel contrario, y lo que mas es de admirar que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta el fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si este tambien cae en el mar que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede sin dar tiempo al tiempo de sus muertes : valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, con la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber como ó por donde, en la mitad del corage y brio que enciende y anima los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y asi considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me pone rezelo pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de ha-

cerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada, por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me he puesto que se pusieron los caballeros andantes de los pasados siglos. Todo este largo preámbulo dijo Don Quijote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian sobrevino nueva lástima de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta caballería. El cura le dijo que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritórnes aderezaban el camaranchon de Don Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mugeres solas en él se recogiesen, Don Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar viniendo en

compañía de Zoraida : á lo cual respondió el cautivo que de muy buena gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia que el cuento no habia de ser tal que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso por no faltar en obedecerle le contaria. El cura y todos los demas se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron, y él viéndose rogar de tantos dijo que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerza : y asi esten vuestras mercedes atentos y oirán un discurso verdadero, á quien podria ser que no llegasen los mentirosos que con curioso y pensado artificio suelen componerse. Con esto que dijo, hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio, y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir de esta manera.

CAPÍTULO XXXIX.

Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.

En un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linage, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera si asi se diera maña á conservar su hacienda como se la daba en gastarla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador, le procedió de haber sido soldado los años de su juventud: que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se hace franco y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos que se ven raras veces. Pasaba mi padre los términos de la liberalidad y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que segun él decia no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instru-

mento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho, y asi llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento, nos dijo unas razones semejantes á las que ahora digo. Hijos, para deciros que os quiero bien, basta saber y decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendais desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros que ha muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en edad de tomar estado, ó á lo menos de elegir ejercicio tal que cuando mayores os honre y aproveche, y lo que he pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes, las tres os daré á vosotros á cada uno lo que le tocare, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los dias que el Cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refran en nuestra España, á mi parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la larga y discreta eperiencia, y el que yo digo dice: «igle-

sia, ó mar, ó casa real;» como si mas claramente dijere: quien quisiere valer y ser rico, siga ó la iglesia, ó navegue ejercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: «mas vale migaja de rey, que merced de señor.» Digo esto porque querria, y es mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al rey en la guerra pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros sin defraudaros en un ardite, como veréis por la obra. Decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os he propuesto: y mandándome á mí por ser el mayor que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mismos ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y á lo que yo creo el mas discreto, dijo que queria seguir la iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Asi como acabámos de concordar-

nos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo puso por obra cuanto nos habia prometido, y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda fuéron á cada uno tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado porque no saliese del tronco de la casa, en un mismo dia nos despedímos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mismo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos movidos de mi ejemplo cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil ducados en dineros, y mas tres mil que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender sino quedarse con ella en raices. Digo en fin que nos despedímos de él y de aquel nuestro tio que he dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber, todas las veces que hubiese comodidad para ello, de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometímoselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viage de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave genovesa que cargaba allí lana para

Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido de él ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo he pasado lo diré brevemente. Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viage á Génova, fuí desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á asentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alejandría de la Palla, tuve nuevas que el gran Duque de Alba pasaba á Flándes. Mudé propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los Condes de Eguemon y de Hórnos, alcancé á ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara llamado Diego de Urbina, y á cabo de algun tiempo que llegué á Flándes se tuvo nuevas de la liga que la Santidad del Papa Pio V de felice recordacion habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que és el Turco, el cual en aquel mismo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de Venecianos: pérdida lamentable y desdichada. Súpose cierto que venia por General de esta liga el Serenísimo Don Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey Don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de guerra que se hacia, todo lo cual me incitó y conmovió el

ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba, y aunque tenia barruntos y casi promesas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciese, seria promovido á capitan, lo quise dejar todo y venirme, como me vine, á Italia: y quiso mi buena suerte que el señor Don Juan de Austria acababa de llegar á Génova, que pasaba á Nápoles á juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin que yo me hallé en aquella felicísima jornada, ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte mas que mis merecimientos, y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo y todas las naciones del error en que estaban, creyendo que las turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia, digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo (porque mas ventura tuvieron los cristianos que allí murieron, que los que vivos y vencedores quedaron) yo solo fui el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me ví aquella noche que siguió á tan famoso dia con cadenas á los pies y esposas á las manos, y fué de esta suerte: que habiendo el Uchalí, rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta que solos tres caballeros que-

daron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrerla, en la cual yo iba con mi compañía, y haciendo lo que debia en ocasion semejante salté en la galera contraria, la cual desviándose de la que la habia embestido estorbó que mis soldados me siguiesen, y asi me hallé solo entre mis enemigos, á quienes no pude resistir por ser tantos: en fin me rindieron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, vine yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selin hizo General de la mar á mi amo, porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estendarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navarino bogando en la capitana de los tres fanales. Vi y noté la ocasion que allí se perdió de coger en el puerto toda la armada turquesca, porque todos los levantes y genízaros que en ella venian tuvieron por cierto que les habian de embestir dentro del mismo puerto, y tenian á punto su ropa y pasamaques, que son sus zapatos, para huirse luego por tierra

sin esperar ser combatidos, tanto era el miedo que habian cobrado de nuestra armada; pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del General que á los nuestros regia, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navarino, y echando la gente en tierra fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor Don Juan se volvió. En este viage se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era capitan un hijo de aquel famoso corsario Barba Roja. Tomóla la capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamas vencido capitan Don Álvaro de Bazan, Marques de Santa Cruz: y no quiero dejar de decir lo que sucedió en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roja y trataba tan mal á sus cautivos, que asi como los que venian al remo vieron que la galera Loba les iba entrando y que los alcanzaba, soltaron todos á un tiempo los remos y asieron de su capitan, que estaba sobre el estanterol gritando que bogasen apriesa, y pasándole de banco en banco de popa a proa, le dieron tantos bocados que á poco mas que pasó del árbol, ya habia pasado su ánima al infierno: tal era, como he dicho,

la crueldad con que los trataba, y el odio que ellos le tenian. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella eomo el señor Don Juan habia ganado Túnez y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesion de él á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro mas cruel y mas valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con los Venecianos, que mucho mas que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió la Goleta y el fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el señor Don Juan. En todos estos trances andaba yo al remo sin esperanza de libertad alguna; á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las cuales plazas hubo de soldados turcos pasados setenta y cinco mil, y de moros y alárabes de toda la África mas de cuatrocientos mil, acompañados este tan gran número de gente con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos y á puñados de tierra pudieran cubrir la Goleta y el fuerte. Perdióse primero la Goleta tenida hasta entonces por inexpugnable, y

no se perdió por culpa de sus defensores, los cuales hicieron en su defensa todo aquello que debian y podian, sino porque la experiencia mostró la facilidad con que se podian levantar trincheras en aquella desierta arena, porque á dos palmos se hallaba agua, y los turcos no la hallaron á dos varas, y asi con muchos sacos de arena levantaron las trincheras tan altas que sobrepujaban las murallas de la fuerza, y tirándoles á caballero ninguno podia parar ni asistir á la defensa. Fué comun opinion que no se habian de encerrar los nuestros en la Goleta sino esperar en campaña al desembarcadero; y los que esto dicen hablan de lejos y con poca experiencia de casos semejantes, porque si en la Goleta y en el fuerte apenas habia siete mil soldados, ¿como podia tan poco número, aunque mas esforzados fuesen, salir á la campaña y quedar en las fuerzas contra tanto como era el de los enemigos? Y como es posible dejar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas cuando la cercan enemigos muchos y porfiados y en su misma tierra? Pero á muchos les pareció, y asi me pareció á mí, que fué particular gracia y merced que el cielo hizo á España, en permitir que se asolase aquella oficina y capa de maldades, y aquella gomia ó esponja y polilla de la infinidad de dineros que allí sin provecho se gastaban, sin servir de otra cosa que de conservar la memoria de haberla ganado la

felicísima del invictísimo Cárlos V, como si fuera menester para hacerla eterna, como lo es y será, que aquellas piedras la sustentarán. Perdióse tambien el fuerte, pero fuéronle ganando los turcos palmo á palmo, porque los soldados que le defendian pelearon tan valerosa y fuertemente, que pasaron de veinte y cinco mil enemigos los que mataron en veinte y dos asaltos generales que les dieron. Ninguno cautivaron sano de trecientos que quedaron vivos, señal cierta y clara de su esfuerzo y valor, y de lo bien que se habian defendido y guardado sus plazas. Rindióse á partido un pequeño fuerte ó torre que estaba en mitad del estaño á cargo de Don Juan Zanoguera, caballero valenciano y famoso soldado. Cautivaron á Don Pedro Puertocarrero, General de la Goleta, el cual hizo cuanto fué posible por defender su fuerza, y sintió tanto el haberla perdido que de pesar murió en el camino de Constantinopla, donde le llevaban cautivo. Cautivaron asimismo al General del fuerte, que se llamaba Gabrio Cervellon, caballero milanes, grande ingeniero y valentísimo soldado. Murieron en estas dos fuerzas muchas personas de cuenta, de las cuales fué, una Pagan de Oria, caballero del hábito de San Juan, de condicion generoso, como lo mostró su suma liberalidad que usó con su hermano el famoso Juan Andres de Oria; y lo que mas hizo lastimosa su muerte fué haber

muerto á mano de unos alárabes de quienes se fió, viendo ya perdido el fuerte, que se ofrecieron de llevarle en hábito de moro á Tabarca, que es un portezuelo ó casa que en aquellas riberas tienen los genoveses, que se ejercitan en la pesquería del coral, los cuales alárabes le cortaron la cabeza y se la trajeron al General de la armada Turquesca, el cual cumplió con ellos nuestro refran castellano: que « aunque la traicion aplace, el traidor se aborrece: » y asi se dice que mandó el General ahorcar á los que trajeron el presente, porque no se le habian traido vivo. Entre los cristianos que en el fuerte se perdieron fué uno llamado Don Pedro de Aguilar, no sé de que lugar de Andalucía, el cual habia sido alférez en el fuerte, soldado de mucha cuenta y de raro entendimiento; especialmente tenia particular gracia en lo que llaman poesía. Dígolo porque su suerte le trajo á mi galera y á mi banco, y á ser esclavo de mi mismo patron: y antes que nos partiésemos de aquel puerto hizo este caballero dos sonetos á manera de epitafios, el uno a la Goleta y el otro al fuerte: y en verdad que los tengo de decir, porque los sé de memoria y creo que antes causarán gusto que pesadumbre. En el punto que el cautivo nombró á Don Pedro de Aguilar, Don Fernando miró á sus camaradas, y todos tres se sonrieron, y cuando llegó á decir de los sonetos, dijo

el uno : antes que vuestra merced pase adelante, le suplico me diga que se hizo ese Don Pedro de Aguilar que ha dicho. Lo que sé es, respondió el cautivo, que al cabo de dos años que estuvo en Constantinopla, se huyó en trage de arnaute con un griego de Constantinopla y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues bueno fué, respondió el caballero, porque ese Don Pedro es mi hermano, y está ahora en nuestro lugar bueno y rico, casado y con tres hijos. Gracias sean dadas á Dios, dijo el cautivo, por tantas mercedes como le hizo, porque no hay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se iguale á alcanzar la libertad perdida. Y mas, replicó el caballero, que yo sé los sonetos que mi hermano hizo. Dígalos pues vuesa mereed, dijo el cautivo, que los sabrá decir mejor que yo. Que me place, respondió el caballero, y el de la Goleta decia asi,

CAPÍTULO XL.

Donde se prosigue la historia del cautivo.

SONETO.

Almas dichosas, que del mortal velo
Libres y exentas por el bien que obrástes,
Desde la baja tierra os levantástes
Á lo mas alto y lo mejor del Cielo.

Y ardiendo en ira y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerza ejercitástes,
Que en propia y sangre agena colorástes
El mar vecino, y arenoso suelo.

Primero que el valor faltó la vida
En los cansados brazos, que muriendo,
Con ser vencidos, llevan la victoria:

Y esta vuestra mortal triste caida,
Entre el muro y el hierro os va adquiriendo
Fama que el mundo os da, y el Cielo gloria.

De esa misma manera le sé yo, dijo el cautivo. Pues el del fuerte, si mal no me acuerdo, dijo el caballero, dice asi.

SONETO.

De entre esta tierra estéril derribada,
Destos torreones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados
Subieron vivas á mejor morada,

Siendo primero en vano ejercitada
La fuerza de sus brazos esforzados,
Hasta que al fin, de pocos y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.

Y este es el suelo, que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los pasados siglos y presentes:

Mas no mas justas de su duro seno
Habrán al claro cielo almas subido,
Ni aun él sostuvo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los sonetos, y el cantivo se alegró con las nuevas que de su camarada le dieron, y prosiguiendo su cuento dijo: rendidos pues la Goleta y el fuerte, los turcos dieron órden en desmantelar la Goleta, porque el fuerte quedó tal que no hubo que poner por tierra, y para hacerlo con mas brevedad y menos trabajo la minaron por tres partes; pero con ninguna se pudo volar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas: y todo aquello que habia quedado en pie de la fortificacion nueva que habia hecho el Fratin, con

mucha facilidad vino á tierra. En resolucion la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí. al cual llamaban Uchalí Fartax, que quiere decIr en lengua turquesca el renagado tiñoso, porque lo era, y es costumbre entre los turcos ponerse nombres de alguna falta que tengan, ó de alguna virtud que en ellos haya: y esto es porque no hay entre ellos sino cuatro appellidos de linages que decienden de la casa Otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre y apellido ya de las tachas del cuerpo, ó ya de las virtudes del ánimo: y este tiñoso bogó al remo siendo esclavo del Gran Señor catorce años, y á mas de los treinta y cuatro de su edad renegó de despecho de que un turco, estando al remo, le dio un bofeton, y por poderse vengar dejó su fe: y fué tanto su valor que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino á ser Rey de Argel, y despues á ser General de la mar, que es el tercer cargo que hay en aquel señorío. Era calabres de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron como él lo dejó en su testamento entre el Gran Señor (que tabien es hijo heredero de cuantos mueren, y entra á la parte con los mas hijos que

deja el difunto) y entre sus renegados : y yo cupe á un renegado veneciano que siendo brumete de una nave le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamábase Azanaga, y llegó á ser Rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura : y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamas me desamparó la esperanza de tener libertad; y cuando en lo que fabricaba pensaba y ponia por obra, no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase, aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en una prision, ó casa que los turcos llaman Baño, donde encierran á los cautivos cristianos, asi los que son del Rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacen; que es como decir cautivos del consejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios; y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun

y no tienen amo particular, no hay con quien tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que venga su rescate. Tambien los cautivos del Rey que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma sino es cuando se tarda su rescate, que entonces por hacerles que escriban por él con mas ahinco, les hacen trabajar é ir por leña con los demas, que es un no pequeño trabajo. Yo pues era uno de los de rescate, que como se supo que era Capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el numero de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, mas por señal de rescate que por guardarme con ella, y asi pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por de rescate: y aunque la hambre y desnudez pudiera fatigarnos á veces, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamas vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba al uno, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no mas de por hacerlo, y por ser

natural condicion suya sei homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español, llamada tal de Saavedra, el cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamas le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temíamos todos que habia de ser empalado, y asi lo temió él mas de una vez: y si no fuera porque el tiempo no da lugar yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. Digo pues que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acaeció pues que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas por entretener el tiempo, estando solos (porque todos los demas cristianos habian salido á trabajar) alcé acaso los ojos, y ví que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho, parecia una caña y al remate de ella puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose, casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Mi-

rámos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debajo de la caña por ver si la soltaban, ó lo que hacian; pero asi como llegó alzaron la caña, y la movieron á los dos lados como si dejeran *no*, con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto no quise dejar de probar la suerte, y asi como llegué á ponerme debajo de la caña, la dejaron caer y dió á mis pies dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual vi un nudo, y dentro de él venian diez cianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo no hay para que decirlo, pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, mire la ventana, y ví que por ella salia una muy blanca mano que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso entendimos, ó imaginámos, que alguna muger que en aquella casa vivia nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo

agradecíamos hicimos zalemas á uso de moros inclinando la cabeza, doblando el cuerpo y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacáron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas, y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia; pero la blancura de la mano, y las ajorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginámos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mugeres sus mismos amos, y aun lo tienen á ventura porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso, y asi todo nuestro entretenimiento desde allí adelante, era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia parecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna: y aunque en este tiempo procurámos con toda solicitud saber quien en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamas hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agimorato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando mas descuidados estábamos de que por allí habian de llover mas cianiis, vimos á des-

hora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido: y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba, yendo cada uno primero que yo, de los mismos tres que estábamos, pero á ninguno se rindió la caña sino á mí, porque en llegando yo, la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerráron la ventana. Quedámos todos confusos y alegres con lo sucedido, y como ninguno de nosotros no entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien le leyese. En fin yó me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, porque suelen algunos renegados, cuando tienen intencion de volverse á tierra de cristianos, traer consigo algunes firmas de cautivos principales en que dan fe, en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien y que siempre ha hecho bien á cristianos, y que lleva deseo de huirse en la primera

ocasion que se ofrezca. Algunos hay que procuran estas fees con buena intencion, otros se sirven de ellas acaso y de industria, que viniendo á robar á tierra de cristianos, si á dicha se pierden ó los cautivan, sacan sus firmas, y dicen que por aquellos papeles se verá el propósito con que venian, el cual era de quedarse en tierra de cristianos y que por eso venian en corso con los demas turcos. Con esto se escapan de aquel primer ímpetu y se reconcilian con la iglesia sin que se les haga daño, y cuando ven la suya se vuelven á Berbería á ser lo que antes eran. Otros hay que usan de estos papeles y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de cristianos. Pues uno de los renegados que he dicho era este amigo, el cual tenia firmas de todos nuestros camaradas, donde le acreditábamos cuanto era posible: y si los moros le hallaran estos papeles le quemaran vivo. Supe que sabia muy bien arábigo, y no solamente hablarle sino escribirle; pero antes que del todo me declarase con él, le dije que me leyese aquel papel que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole, murmurando entre los dientes. Preguntele si le entendia: díjome que muy bien, y que si queria que me le declarase palabra por palabra, que le diese tinta y pluma porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia,

y él poco á poco le fué traduciendo, y en acabando dijo: todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco; y hase de advertir que adonde dice Lela Marien, quiere decir nuestra Señora la Vírgen María. Leímos el papel, y decia asi:

«Cuando yo era niña, tenia mi padre una esclava, la cual en mi lengua me mostró la zala cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela Marien. La cristiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque despues la ví dos veces, y me dijo que me fuese á tierra de cristianos á ver á Lela Márien, que me queria mucho. No sé yo como vaya: muchos cristianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sino tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer como nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Marien me dará con quien me case. Yo escribí esto, mira á quien lo das á leer, no te fies de ningun moro, porque son todos marfuces. De esto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe me echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo, ata allí la respuesta, y si no tienes quien te escriba arábigo, dímelo por señas, que Lela Marien hará que te entienda.

Ella y Alá te guarde, y esa cruz que yo beso muchas veces, que asi me lo mandó la cautiva.»

Mirad, señores, si era razon que las razones de este papel nos admirasen y alegrasen: y asi lo uno y lo otro fué de manera, que el renegado entendió que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito: y asi nos rogó que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos de él y se lo dijésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad: y diciendo esto sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia y casi adivinaba, que por medio de aquella que aquel papel habia escrito, habia, él y todos nosotros de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la santa iglesia su madre, de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos de un mismo parecer consentímos y venímos en declararle la verdad del caso, y asi le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por

donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quien en ella vivia. Acordámos asimismo que seria bien responder al billete de la mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fuí notando, que puntualmente fueron las que diré, porque de todos los puntos substanciales que en este suceso me acontecieron, ninguno se me ha ido de la memoria, ni aun se me irá en tanto que tuviere vida. En efecto lo que á la mora se le respondió fué esto:

«El verdadero Alá te guarde, señora mia, y aquella bendita Marien, que es la verdadera madre de dios, y es la que te ha puesto en el corazon que te vayas á tierra de cristianos, porque te quiere bien. Ruégale tú que se sirva de darte á entender como podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que sí hará. De mi parte y de la de todos estos cristianos que estan conmigo, te ofrezco de hacer por tí todo lo que pudiéremos hasta morir. No dejes de escribirme y avisarme lo que pensares hacer, que yo te responderé siempre: que el grande Alá nos ha dado un cristiano cautivo que sabe hablar y escribir tu lengua tan bien como lo verás por este papel. Asi que sin tener miedo nos puedes avisar de todo lo que quisieres. Á lo que dices, que si fueres á tierra

de cristianos que has de ser mi muger, yo te lo prometo como buen cristiano, y sabe que los cristianos cumplen lo que prometen mejor que los moros. Alá y Marien su madre sean en tu guarda, señora mia. »

Escrito y cerrado este papel aguardé dos dias á que estuviese el baño solo como solia, y luego salí al paso acostumbrado del terradillo por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Asi como la vi, aunque no podia ver quien la ponia, mostré el papel como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer y alcéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro mas de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia el mismo moro que á nosotros nos habia dicho, que se llamaba Agimorato, riquísimo por todo extremo, el cual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hermosa muger de la Berbería, y que muchos de los Vireyes que allí venian la habian pedido por muger, y que ella nunca se habia querido casar, y que tam-

bien supo que tuvo una cristiana cautiva que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entrámos luego en consejo con el renegado, en que órden se tendria para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó por entonces que esperásemos al aviso segundo de Zoraida, que asi se llamaba la que ahora quiere llamarse María: porque bien vimos que ella, y no otra alguna, era la que habia de dar medio á todas aquellas dificultades. Despues que quedámos en esto, dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él perderia la vida ó nos pondria en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que asi decia:

«Yo no sé, mi señor, como dar órden que nos vamos á España, ni Lela Marien me lo ha dicho aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hacer es que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro; rescataos vos con ellos y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cristianos, y compre allá una barca y vuelva

por los demas, y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que está á la puerta de Babazon junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de allí de noche me podréis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque si no yo pediré á Marien que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y ve, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardin, y cuando te pasees por ahí, sabré que está solo el baño y te daré mucho dinero. Alá te guarde, señor mio.»

Esto decia y contenia el segundo papel, lo cual visto por todos, cada uno se ofreció á querer ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado, diciendo que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado cuan mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos principales cautivos, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca, con dineros para poder armar una barca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de

volver á perderla, les borraba de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos decia, nos contó brevemente un caso que casi en aquella misma sazon habia acaecido á unos caballeros cristianos, el mas extraño que jamas sucedió en aquellas partes, donde á cada paso suceden cosas de grande espanto y de admiracion. En efecto él vino á decir que lo que se podia y debia hacer, era que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarlos del baño y embarcarlos á todos. Cuanto mas que si la mora, como ella decia, daba dineros para rescatarlos á todos, que estando libres era facilísima cosa aun embarcarse en la mitad del dia, y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los moros no consienten que renegado alguno compre ni tenga barca, sino es bajel grande para ir en corso, porque se temen que el que compra barca, principalmente si es español, no la quiere sino para irse á tierra de cristianos; pero que él facilitaria este inconveniente con hacer que un moro tagarino fuese á la parte con él en la compañía de la barca y en la ganancia de las mercancías, y con esta sombra él vendria á ser señor de la barca, con

que daba por acabado todo lo demas. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osámos contradecirle temerosos que si no hacíamos lo que él decia, nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas si descubriese el trato de Zoraida, por cuya vida diéramos todos las nuestras: y asi determinámos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado: y en aquel mismo punto se le respondió á Zoraida diciéndole que haríamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien como si Lela Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponerle luego por obra. Ofrecímele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció á estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño, nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer juma, que es el viérnes, se iba al jardin de su padre, y que antes que se fuese nos daria mas dinero, y que si aquello no bastase que se lo avisásemos, que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenia tanto que no lo echaria menos, cuanto mas que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el cual me

rescató del Rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaria mi rescate, porque si luego diera el dinero fuera dar sospechas al Rey que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus grangerías lo habia callado. Finalmente mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El juéves antes del viérnes que la hermosa Zoraida se habia de ir al jardin, nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que asi lo haria, y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Marien con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto, dieron órden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen y les persuadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoraida: que puesto que ser ellos quien eran me podia asegurar de este temor, con todo eso no quise poner el negocio en aventura, y asi los hice rescatar por la misma órden que yo me rescaté, entregando todo el

dinero al mercader para que con certeza y seguridad pudiese hacer la fianza : al cual nunca descubrímos nuestro trato y secreto por el peligro que habia.

CAPÍTULO XLI.

Donde todavía prosigue el cautivo su suceso.

No se pasaron quince dias cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca capaz de mas de treinta personas : y para asegurar su hecho y darle color quiso hacer, como hizo, un viage á un lugar que se llama Sargel, que está treinta leguas de Argel hácia la parte de Oran, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viage en compañía del tagarino que habia dicho. Tagarinos llaman en Berbería á los moros de Aragon, y á los de Granada mudajares : y en el reino de Fez llaman á los mudajares elches, los cuales son la gente de quien aquel Rey mas se sirve en la guerra. Digo pues que cada vez que pasaba con su barca, daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoraida esperaba, y allí muy de propósito se ponia el renegado con los morillos que bogaban el remo, ó ya á hacer la zalá, ó á como por ensayarse de burlas á lo que pensaba hacer de veras, y asi se iba al jardin de Zoraida y le pedia fruta, y su padre se la daba

sin conocerle : y aunque él quisiera hablar á Zoraida, como él despues me dijo, y decirle que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, sino es que su marido ó su padre se lo manden : de cristianos cautivos se dejan tratar y comunicar aun mas de aquello que seria razonable : y á mí me hubiera pesado que él le hubiera hablado, que quizá la alborotara viendo que su negocio andaba en boca de renegados: pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia, el cual viendo cuan seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuando y como y adonde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, y que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen al remo, me dijo que mirase yo cuales queria traer conmigo fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viérnes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad : y no fué poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estaban veinte bajeles en corso y se habian llevado toda la gente de remo, y es-

tos no se hallaran si no fuera que su amo se quedó aquel verano sin ir en corso á acabar una galeota que tenia en astillero: á los cuales no les dije otra cosa, sino que el primer viérnes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agimorato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. Á cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijesen sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que mas me convenia, y era la de avisar á Zoraida en el punto que estaban los negocios para que estuviese apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver: y asi determiné de ir al jardin y ver si podria hablarle, y con ocasion de coger algunas yerbas, un dia antes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quien encontré fué con su padre, el cual me dijo en lengua que en toda la Berbería y aun en Constantinopla se habla entre cautivos y moros, que ni es morisca, ni castellana, ni de otra nacion alguna, sino una mezcla de todas las lenguas con la cual todos nos entendemos: digo pues que en esta manera de lenguage me preguntó que buscaba en aquel su jardin, y de quien era. Respondíle que era esclavo de Arnaute Mamí, y

esto porque sabia yo por muy cierto que era un grandísimo amigo suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente si era hombre de rescate ó no, y que cuanto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas salió de la casa del jardin la bella Zoraida, la cual ya habia mucho que me habia visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya he dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba; antes luego cuando su padre vió que venia y de espacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoraida se mostró á mis ojos: solo diré que mas perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. En las gargantas de sus pies, que descubiertas á su usanza traia, traia dos carcajes (que asi se llaman las manillas ó ajorcas de los pies en morisco) de purísimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dijo despues que su padre los estimaba diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad y muy buenas, porque la mayor gala y bizarría de las moras es adornarse de ricas perlas y aljófar: y asi hay mas perlas y aljófar entre moros que entre todos

las demas naciones, y el padre de Zoraida tenia fama de tener muchas y de las mejores que en Argel habia, y de tener asimismo mas de docientos mil escudos españoles, de todo lo cual era señora esta que ahora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa ó no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar cual debia de ser en las prosperidades, porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias y sazones, y requiere accidentes para diminuirse ó acrecentarse: y es natural cosa que las pasiones del ánimo la levanten ó bajen, puesto que las mas veces la destruyen. Digo en fin que entonces llegó en todo extremo aderezada y en todo extremo hermosa, ó á lo menos á mí me pareció serlo la mas que hasta entonces habia visto: y con esto viendo las obligaciones en que me habia puesto, me parecia que tenia delante de mí una deidad del Cielo, venida á la tierra para mi gusto y para mi remedio. Asi como ella llegó, le dijo su padre en su lengua como yo era cautivo de su amigo Arnaute Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntó si era caballero, y que era la causa que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba pues habian dado por mí

mil y quinientos zoltanis; á lo cual ella respondió: en verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros cristianos siempre mentis en cuanto decis, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la he tratado con mi amo, y la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo. ¿Y cuando te vas? dijo Zoraida. Mañana creo yo, dije, porque está aquí un bajel de Francia que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor, replicó Zoraida, esperar á que vengan bajeles de España, é irte con ellos que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si como hay nuevas que viene ya un bajel de España, es verdad, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. ¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoraida, y por eso deseas ir á verte con tu muger? No soy, respondi yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoraida. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecerla y decirte la verdad se parece á tí mucho. De esto

se rió muy de veras su padre, y dijo: guarda, cristiano, que debe ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino: si no mírala bien y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas de estas palabras y razones el padre de Zoraida, como mas ladino, que aunque ella hablaba la bastarda lengua, que como he dicho allí se usa, mas declaraba su intencion por señas que por palabras. Estando en estas y otras muchas razones llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ó paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo y lo mismo hizo Zoraida porque es comun y casi natural el miedo que los moros á los turcos tienen, especialmente á los soldados, los cuales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los moros que á ellos estan sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclavos suyos. Digo pues que dijo su padre á Zoraida: hija, retírate á la casa y enciérrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas y vete en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos dejándome solo con Zoraida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre le habia mandado, pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella vol-

viéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas, me dijo: ¿ameji. cristiano, ameji? que quiere decir: ¿vaste, cristiano, vaste? Yo le respondí: señora sí, pero no en ninguna manera sin tí: el primer juma me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna irémos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera que ella me entendió muy bien á todas las razones que entrambos pasámos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa, y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he contado, con un brazo al cuello, su padre que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zoraida advertida y disc -ta no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó mas á mí y puso su cabeza sobre mi pecho, doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo asimismo dí á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo adonde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera le preguntó que tenia; pero como ella no le respondiese, dijo su padre: sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado: y quitándola del mio, la arrimó á su pecho, y ella

dando un suspiro, y aun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: amejí, cristiano, amejí: vete cristiano, vete. Á lo que su padre respondió: no importa, hija, que el cristiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna, pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te he dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, dije yo á su padre; mas pues ella dice que yo me vaya, no le quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Por todas las que quisieres padrás volver, respondió Agimorato, que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin, miré bien las entradas y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio. Hecho esto me vine y dí cuenta de cuanto habia pasado al renegado y á mis compañeros,

y ya no viera la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoraida la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado, y siguiendo todos el órden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseámos, porque el viernes que se siguió al dia que yo con Zoraida hablé en el jardin, el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoraida estaba. Ya los cristianos que habian de bogar al remo estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian, porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad, quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues que asi como yo me mostré y mis compañeros, todos los demas escondidos que nos vieron se vinieron llegando á nosotros. Esto á tiempo que la ciudad estaba ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuvimos juntos, dudámos si seria mejor ir primero por Zoraida, ó rendir primero á los moros tagarinos que bogaban el remo en la barca : y estando en esta

duda llegó á nosotros nuestro renegado diciéndonos que en que nos deteníamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados y los mas de ellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que mas importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoraida. Pareciónos bien á todos lo que decia, y asi sin detenernos mas, haciendo él la guia, llegámos al bajel, y saltando él dentro primero, metió mano á un alfange y dijo en morisco; ninguno de vosotros se mueva de aquí si no quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su Arraez, quedáronse espantados: y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejáron sin hablar alguna palabra, maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guarda de ellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el renegado la guia, fuímos al jardin de Agimorato, y quiso la buena suerte que llegando á abrir la puerta, se abrió con tanta facilidad como si cerrada

no estuviera, y asi con gran quietud y silencio llegámos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoraida aguardándonos á una ventana, y asi como sintió gente, preguntó con voz baja si éramos nizarani, como si dijera ó preguntara si éramos cristianos. Yo le respondí que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la vi, le tomé una mano y la comencé á besar, y el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demas que el caso no sabian hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin. Ella respondió que sí, y que dormia. Pues será menester despertarle, replicó el renegado, y llevárnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dijo ella: á mi padre no se le ha de tocar en ningun modo, y en esta casa no hay otra cosa que lo que yo llevo, que es tanto que bien habrá para que todos quedeis ricos y contentos, y esperaos un poco y lo veréis: y diciendo esto se volvió á entrar, diciendo que muy presto volveria, que nos estuviésemos quedos sin hacer ningun rui-

do. Preguntéle al renegado lo que con ella habia pasado, el cual me lo contó, á quien yo dije que en ninguna cosa se habia de hacer mas de lo que Zoraida quisiese: la cual ya volvia cargada con un cofrecillo lleno de escudos de oro, tantos que apenas le podia sustentar. Quiso la mala suerte que su padre despertase en el ínterin, y sintiese el ruido que andaba en el jardin, y asomándose á la ventana, luego conoció que todos los que en él estaban eran cristianos, y dando muchas, grandes y desaforadas voces comenzó á decir en arábigo: cristianos, cristianos, ladrones, ladrones: por los cuales gritos nos vimos todos puestos en grandísima y temerosa confusion; pero el renegado viendo el peligro en que estábamos, y lo mucho que le importaba salir con aquella empresa antes de ser sentido, con grandísima presteza subió donde Agimorato estaba, y juntamente con él fueron algunos de nosotros, que yo no osé desamparar á Zoraida, que como desmayada se habia dejado caer en mis brazos. En resolucion los que subieron, se dieron tan buena maña que en un momento bajaron con Agimorato, trayéndole atadas las manos y puesto un pañizuelo en la boca, que no le dejaba hablar palabra, amenazándole que el hablarla le habia de costar la vida. Cuando su hija le vió se cubrió los ojos por uo verle, y su padre quedó espantado, ignorando cuan de su volun-

tad se habia puesto en nuestros manos; mas entonces siendo mas necesarios los pies, con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas pasadas de la noche cuando ya estábamos todos en la barca, en la cual se le quitó al padre de Zoraida la atadura de las manos y el paño de la boca; pero tornóle á decir el renegado que no hablase palabra, que le quitarian la vida. El como vió allí á su hija comenzó á suspirar ternísimamente, y mas cuando vió que yo estrechamente la tenia abrazada, y que ella sin defenderse, quejarse, ni esquivarse, se estaba queda: pero con todo esto callaba, porque no pusiesen en efecto las muchas amenazas que el renegado le hacia. Viéndose pues Zoraida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á su padre y á los demas moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltar á aquellos moros, y dar libertad á su padre, porque antes se arrojaria en la mar que ver delante de sus ojos y por causa suya llevar cautivo á un padre que tanto la habia querido. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento, pero él respondió qne no convenia, á causa que si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad,

y serian causa que saliesen á buscarlos con algunas fragatas ligeras, y les tomasen la tierra y la mar de manera que no pudiésemos escaparnos: que lo que se podria hacer era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venímos todos, y Zoraida, á quien se le dió cuenta, con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regocijado silencio y alegre diligencia, cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzámos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no mas que sesenta millas de Argel, y asimismo temíamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancía de Tetuan, aunque cada uno por sí, y por todos juntos presumíamos de que si se encontraba galeota de mercancía, como no fuese de las que andan en corso, que no solo no nos perderíamos, mas que tomaríamos bajel donde con mas seguridad pudiésemos acabar nuestro viage. Iba Zoraida

en tanto que se navegaba puesta la cabeza entre mis manos, por no ver á su padre, y sentia yo que iba llamando á Lela Marien que nos ayudase. Bien habríamos navegado treinta millas cuando nos amaneció, como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nós descubriese, pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas, dióse órden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose asi, y en esto comenzó á soplar un viento largo que nos obligó á hacer luego vela, y á dejar el remo, y enderezar á Oran, por no ser posible poder hacer otro viage. Todo se hizo con mucha presteza, y asi á la vela navegámos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros tagarinos, y el renegado les consoló diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Lo mismo se le dijo al padre de Zoraida, el cual respondió: cualquiera otra cosa pudiera yo esperar y creer

de vuestra liberalidad y buen término, ó cristianos, mas el darme libertad no me tengais por tan simple que lo imagine, que nunca os pusísteis vosotros al peligro de quitármela para volverla tan liberalmente, especialmente sabiendo qnien soy yo, y el interes que se os puede seguir de dármela, el cual interes, si le quereis poner nombre, desde aquí os ofrezco todo aquello que quisiereis por mí y por esa desdichada hija mia, ó si no por ella sola, que es la mayor y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto comenzó á llorar tan amargamente que á todos nos movió á compasion, y forzó á Zoraida que le mirase, la cual viéndole llorar, asi se enterneció que se levantó de mis pies y fué á abrazar á su padre, y juntando su rostro con el suyo comenzaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que allí íbamos le acompañámos en él. Pero cuando su padre la vió adornada de fiesta y con tantas joyas sobre sí, le dijo en su lengua: ¿que es esto hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediese esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y ahora, sin que hayas tenido tiempo de vestirte, y sin haberte dado alguna nueva alegre de solemnizarla con adornarte y pulirte, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe y pude darte cuando nos fué la ventnra mas favorable? Respóndeme á esto, que me

tiene mas suspenso y admirado que la misma desgracia en que me hallo. Todo lo que el moro decia á su hija, nos lo declaraba el renegado, y ella no le respondia palabra. Pero cuando él vió á un lado de la barca el cofrecillo donde ella solia tener sus joyas, el cual sabia él bien que le habia dejado en Argel, y no traídole al jardin, quedó mas confuso, y preguntóle que como aquel cofre habia venido á nuestras manos, y que era lo que venia dentro. Á lo cual el renegado, sin aguardar que Zoraida le respondiese, le respondió: no te canses, señor, en preguntar á Zoraida tu hija tantas cosas, porque con una que yo te responda te satisfaré á todas; y asi quiero que sepas que ella es cristiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas y la libertad de nuestro cautiverio: ella va aquí de su voluntad tan contenta, á lo que yo imagino, de verse en tal estado, como el que sale de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida, y de la pena á la gloria. ¿Es verdad lo que este dice, hija? dijo el moro. Asi es, respondió Zoraida. ¿Que en efecto, replicó el viejo, tú eres cristiana, y la que ha puesto á su padre en poder de sus enemigos? Á lo cual respondió Zoraida: la que es cristiana yo soy; pero no la que te ha puesto en este punto porque nunca mi deseo se extendió á dejarte ni á hacerte mal, sino á hacerme á mí bien. ¿Y que bien es el que te has hecho,

hija? Eso, respondió ella, pregúntaselo tú á Lela Marien, que ella te lo sabrá decir mejor que yo. Apenas hubo oido esto el moro, cuando con una increible presteza se arrojó de cabeza en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara si el vestido largo y embarazoso que traia no le entretuviera un poco sobre el agua. Dió voces Zoraida que le sacasen, y asi acudímos luego todos: y asiéndole de la amalafa le sacámos medio ahogado y sin sentido; de que recibió tanta pena Zoraida, que como si fuera ya muerto, hacia sobre él un tierno y doloroso llanto. Volvímosle boca abajo volvió mucha agua, tornó en sí al cabo de dos horas, en las cuales, habiéndose trocado el viento, nos convino volver hácia tierra y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegámos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado el de la Cava-rumia, que en nuestra lengua quiere decir la mala muger cristiana, y es tradicion entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava por quien se perdió España, porque cava en su lengua quiere decir muger mala, y rumia cristiana: y aun tienen por mal agüero llegar allí á dar fondo cuando la necesidad les fuerza á ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fué abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nues-

tro remedio segun andaba alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejámos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogámos á Dios y á nuestra Señora de todo nuestro corazon que nos ayudase y favoreciese, para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden á suplicacion de Zoraida como echásemos en tierra á su padre y á todos los demas moros que allí atados venian, porque no le bastaba el ánimo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado á su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometímosle de hacerlo asi al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dejarlos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilo el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viage. Viendo esto desatámos á los moros, y uno á uno los pusímos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; pero llegando á desembarcar al padre de Zoraida, que ya estaba en todo su acuerdo, dijo: ¿por que pensais, cristianos, que esta mala hembra huelga de que me deis libertad? pensais que es por piedad que de mí tiene? no por cierto, sino que lo hace por el estorbo que le dará mi presencia cuando quiera poner en ejecucion sus malos deseos, ni

penseis que la ha movido á mudar religion entender ella que la vuestra á la nuestra se aventaja, sino el saber que en vuestra tierra se usa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra. Y volviéndose á Zoraida, teniéndole yo y otro cristiano de entrambos brazos asido porque algun desatino no hiciese, le dijo: ó infame moza y mal aconsejada muchacha, ¿adonde vas ciega y desatinada en poder de estos perros, naturales enemigos nuestros? Maldita sea la hora en que yo te engendré, y malditos sean los regalos y deleites en que te he criado. Pero viendo yo que llevaba término de no acabar tan presto, dí priesa á ponerle en tierra, y desde allí á voces prosiguió en sus maldiciones y lamentos, rogando á Mahoma rogase á Alá que nos destruyese, confundiese y acabase: y cuando por habernos hecho á la vela no pudimos oir sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos y arrastrarse por el suelo; mas una vez esforzó la voz de tal manera que podimos entender que decia: vuelve, amada hija, vuelve á tierra, que todo te lo perdono: entrega á esos hombres ese dinero que ya es suyo, y vuelve á consolar á este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dejará la vida si tú le dejas. Todo lo cual escuchába Zoraida, y todo lo sentia y lloraba, y no supo decirle ni responderle palabra, sino: plega á Alá, padre mio, que Lela Marien, que

ha sido la causa de que yo sea cristiana, ella te consuele en tu tristeza. Alá sabe bien que no pude hacer otra cosa de la que he hecho, y que estos cristianos no deben nada á mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos y quedarme en mi casa, me fuera imposible, segun la priesa que me daba mi alma á poner por obra esta que á mí me parece tan buena, como tú, padre amado, la juzgas por mala. Esto dijo á tiempo que ni su padre la oia, ni nosotros ya le veíamos: y asi consolando yo á Zoraida atendimos todos á nuestro viage, el cual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España; mas como pocas veces ó nunca viene el bien puro y sencillo, sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra ventura, ó quizá las maldiciones que el moro á su hija habia echado, que siempre se han de temer de cualquier padre que sean, quiso, digo, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba,

y esto tan cerca que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto á bordo del bajel á preguntarnos quien éramos, y adonde navegábamos, y de donde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa dijo nuestro renegado: ninguno responda, porque estos sin duda son corsarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco delante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vímos ir á fondo, comenzámos todos á grandes voces á pedir socorro y á rogar á los del bajel que nos acogíesen, porque nos anegábamos. Amainaron entonces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y asi llegaron junto al nuestro, y viendo cuan pocos éramos, y como el bajel se hundia, nos recogieron diciendo que por haber usado la descortesía de no responderles nos habia sucedido aquello.

Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zoraida, y dió con él en la mar sin que ninguno echase de ver en lo que hacia. En resolucion todos pasámos con los franceses, los cuales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo cuanto teníamos, y á Zoraida le quitaron hasta los carcajes que traia en los pies, pero no me daba á mí tanta pesadumbre la que á Zoraida daban, como me le daba el temor que tenia de que habian de pasar del quitar de las riquísimas y preciosísimas joyas, al quitar de la joya que mas valia y ella mas estimaba; pero los deseos de aquella gente no se extienden á mas que al dinero, y de esto jamas se ve harta su codicia; la cual entonces llegó á tanto que aun hasta los vestidos de cautivos nos quitaran si de algun provecho les fueran: y hubo parecer entre ellos de que á todos nos arrojasen á la mar envueltos en una vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España con nombre de que eran bretones, y si nos llevaban vivos serian castigados siendo descubierto su hurto; mas el capitan, que era el que habia despojado á mi querida Zoraida, dijo que él se contentaba con la presa que tenia, y que no queria tocar en ningun puerto de España, sino irse luego á camino y pasar el estrecho de Gibraltar de noche ó como pudiese, hasta la

Rochela de donde habia salido; y asi tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la cual vista y alegría todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun bizcocho, y el capitan movido no sé de que misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoraida, le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos. Entrámos en el bajel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho: nosotros sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar que al poner del sol estábamos tan cerca que bien pudiéramos, á nuestro parecer, llegar antes que fuera muy de noche: pero por no parecer en aquella noche la luna, y el cielo mostrarse obscuro, y por ignorar el parage en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como á muchos de nosotros les parecia, diciendo que diésemos en

ella, aunque fuese en unas peñas y lejos de poblado, porque asi aseguraríamos el temor que de razon se debia tener que por allí anduviesen bajeles de corsarios de Tetuan, los cuales anochecen en Berbería y amanecen en las costas de España, y hacen de ordinario presa y se vuelven á dormir á sus casas; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fué que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose asi, y poco antes de la media noche seria cuando llegámos al pie de una disformísima y alta montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestímos en la arena, salímos todos á tierra y besámos el suelo, y con lágrimas de alegrísimo contento dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho en nuestro viage: sacámos de la barca los bastimentos que tenia y tirámosla en tierra, y subímos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estábamos, y aun no podíamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenia. Amaneció mas tarde á mi parecer de lo que quisiéramos: acabámos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria, ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado ni persona ni senda

ni camino descubrímos. Con todo esto determinámos de entrarnos la tierra adentro, pues no podria ser menos sino que presto descubriésemos quien nos diese noticia de ella, pero lo que á mí mas me fatigaba era el ver ir á pie á Zoraida por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis hombros, mas le causaba á ella mi cansancio que la reposaba su reposo. y asi nunca mas quiso que yo aquel trabajo tomase: y con mucha paciencia y muestras de alegría, llevándola yo siempre de la mano, poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado cuando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado: y mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pie de un alcornoque un pastor mozo, qua con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pie, y á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zoraida, y como él los vió en hábito de moros pensó que todos los de Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo, diciendo: moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedámos todos confusos, y no sabíamos que hacernos; pero

considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordámos que el renegado se desnudase las ropas de turco y se vistiese un chaleco, ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió luego, aunque se quedó en camisa, y asi encomendándonos á Dios fuímos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuando habia de dar sobre nosotros la caballería de la costa: y no nos engañó nuestro pensamiento, porque aun no habrian pasado dos horas cuando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrímos hasta cincuenta caballeros, que con gran ligereza corriendo á media rienda á nosotros se venian: y asi como los vímos nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron y vieron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno de ellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion porque un pastor habia apellidado, arma. Sí, dije yo; y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de donde veníamos y quienes éramos, uno de los cristianos que con nosotros venian conoció al ginete que nos habia hecho la pregunta, y dijo, sin dejarme á mí decir mas palabra: gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos

es la de Vélez Málaga, si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quienes somos, sois Pedro de Bustamente tio mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el ginete se arrojó del caballo y vino á abrazar al mozo diciéndole: sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gocen el placer de verte: ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y la de todos los de esta compañía, comprehendo que habeis tenido milagrosa libertad. Asi es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos cristianos cautivos, se apearon de sus caballos y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Vélez Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos de ellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dejado; otros nos subieron á las ancas, y Zoraida fué en las del caballo del tio del cristiano. Saliónos á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver

á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoraida, la cual en aquel instante y sazon estaba en su puuto, asi con el cansancio del camino como con la alegría de verse ya en tierra de cristianos sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que si no es que la aficion entonces me engañaba, osara decir que mas hermosa criatura no habia en el mundo, á lo menos que yo la hubiese visto. Fuimos derechos á la iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida, y asi como en ella entró Zoraida dijo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Marien. Dijímosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Marien, que le habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento y un natural fácil y claro, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, á Zoraida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvímos en Vélez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de

Granada á reducirse por medio de la Santa Inquisicion al gremio santísimo de la iglesia : los demas cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció; solos quedámos Zoraida y yo, con solos los escudos que la cortesía del frances le dió á Zoraida, de los cuales compré este animal en que ella viene, y sirviéndole yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido mas próspera ventura que la mia, puesto que por haberme hecho el cielo compañero de Zoraida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zoraida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tal que me admira y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogerla, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apénas halle quien me conozca si ellos faltan. No tengo mas, señores, que deciros de mi historia, la cual si es agradable y peregrina júzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé

decir que quisiera habérosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPÍTULO XLII.

Que trata de lo que mas sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLÓ en diciendo esto el cautivo, á quien Don Fernando dijo: por cierto, señor capitan, el modo con que habeis contado este extraño suceso ha sido tal que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino y raro y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye, y es de tal manera el gusto que hemos recibido en escucharle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzara. Y en diciendo esto, Don Antonio y todos los demas se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas, que el capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades: especialmente le ofreció Don Fernando que si queria volverse con él, que él haria que el Marques su hermano fuese padrino del bautismo de Zoraida; y que él por su parte le acomodaria de manera que pudiese entrar en su tierra con la autoridad y cómodo que á su

persona se debia. Todo lo agradeció cortesísimamente el cautivo, pero no quiso aceptar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaba ya la noche, y al cerrar de ella llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, á quienes la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no ha de faltar para el señor Oidor que aquí viene. Á este nombre se turbó la huéspeda y dijo: señor, lo que en ello hay es que no tengo camas, si es que su merced del señor Oidor las trae, que sí debe de traer, en buen hora, que yo y mi marido nos saldrémos de nuestro aposento por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dijo el escudero. Pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre, que en el trage mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas que vestia, mostraron ser Oidor, como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y seis años vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista: de suerte que á no haber visto á Dorotea, y á Lucinda y á Zoraida que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la de esta doncella, difícilmente pudiera hallarse. Hallóse Don Quijote al entrar del Oidor

y de la doncella, y asi como le vió dijo: seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y mas si las armas y letras traen por guia y adalid á la hermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta hermosa doncella, á quien deben no solo abrirse y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y dividirse y abajarse las montañas para darle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este paraiso, que aquí hallará estrellas y soles que acompañen el cielo que vuestra merced trae consigo: aquí hallará las armas en su punto, y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el Oidor del razonamiento de Don Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras, y sin hallar ningunas con que responderle, se tornó á admirar de nuevo, cuando vió delante de sí á Lucinda, á Dorotea y á Zoraida, que á las nuevas de los nuevos huéspedes, y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habian venido á verla y á recibirla; pero Don Fernando, Cardenio y el cura le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto el señor Oidor entró confuso, asi de lo que veia como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta

dieron la bienllegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el Oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visage y la postura de Don Quijote le desatinaba: y habiendo pasado entre todos, corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenó lo que antes estaba ordenado, que todas las mugeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera como en su guarda: y asi fué contento el Oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana: y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de las que el oidor traia, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, que desde el punto que vió al Oidor, le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian como se llamaba, y si sabia de que tierra era. El criado le respondió que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre: y alborotado y contento, llamando á parte á Don Fernando, á Cardenio y al cura les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel Oidor era su

hermano. Habíale dicho tambien el criado como iba proveido por Oidor á las Indias en la Audiencia de Méjico: supo tambien como aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo que modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaria, ó le recibiria con buenas entrañas. Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el cura, cuanto mas que no hay que pensar sino que vos, señor capitan, sereis muy bien recibido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dijo el capitan, yo querria no de improviso sino por rodeos dármele á conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se asentaron á la mesa, excepto el cautivo y las señoras que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena dijo el cura: del mismo nombre de vuestra merced, señor Oidor, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, el cual camarada era uno de los valientes soldados y capitanes que habia en toda la infantería española; pero

tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso, tenia de desdichado. ¿Y como se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el Oidor. Llamábase, respondió el cura, Ruiz Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego; porque me dijo, que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton: y sé yo decir que el que él escogió de venir á la guerra, le habia sucedido tan bien que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitan de infantería, y á verse en camino y predicamento de ser presto Maestre de Campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos nos hallámos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió udo de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el cura, y con brevedad sucinta contó lo que con Zoraida á su hermano

habia sucedido. Á todo lo cual estaba tan atento el Oidor, que ninguna vez habia sido tan Oidor como entonces. Solo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado : de los cuales no habia sabido en que habian parado, ni si habian llegado à España, ó llevádolos los franceses á Francia. Todo lo que el cura decia, estaba escuchando algo de allí desviado el capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacia : el cual viendo que ya el cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro, y llenándosele los ojos de agua dijo : ¡ó señor, si supieseis las nuevas que me habeis contado y como me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestra de ello con estas lágrimas, que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese capitan tan valeroso que decis, es mi mayor hermano, el cual como mas fuerte y de mas altos pensamientos que yo, ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestro camarada en la conseja que á vuestro parecer le oisteis. Yo segui el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Perú, tan rico que

con lo que ha enviado á mi padre y á mí, ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural: y yo asimismo he podido con mas decencia y autoridad tratarme en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Vive aun mi padre muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con continuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo: del cual me maravillo, siendo tan discreto, como en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera, ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar el milagro de la caña para alcanzar su rescate; pero de lo que yo ahora me temo es de pensar si aquellos franceses le habran dado libertad, ó le habran muerto por encubrir su hurto. Esto todo será que yo prosiga mi viage, no con aquel contento con que le comencé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Ó buen hermano mio, y quien supiera ahora donde estabas, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos aunque fuera á costa de los mios! Ó quien llevara nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacaran sus riquezas, las de mi hermano y las mias! Ó Zoraida hermosa y liberal, quien pudiera pagar

el bien que á mi hermano hiciste! quien pudiera hallarse al renacer del alma, y á las bodas que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el Oidor, lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo pues el cura que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes, y asi se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoraida la tomó por la mano, y tras ella se vinieron Lucinda, Dorotea y la hija del Oidor. Estaba esperando el capitan á ver lo que el cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el Oidor y los demas caballeros estaban, y dijo: cesen, señor Oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertare á desear, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: este que aquí veis es el capitan Viedma, y esta la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dije los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso las manos en los pechos por mirarle algo mas apartado; mas cuando le acabó de conocer le

abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los mas de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto mas escribirse. Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos hermanos, allí abrazó el Oidor á Zoraida, allí le ofreció su hacienda, allí hizo que la abrazase su hija, allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí Don Quijote estaba atento sin hablar palabra considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitan y Zoraida se volviesen con su hermano á Sevilla, y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoraida, por no le ser al Oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva España, y fuérale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo, y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. Don Quijote se ofreció á hacer la

guardía del castillo porque de algun gigante, ó otro mal andante follon, no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al Oidor cuenta del humor extraño de Don Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y solo él se acomodó mejor que todos echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas pues las damas en una estancia, y los demas acomodádose como menos mal pudieron, Don Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo como le habia prometido. Sucedió pues que faltando poco para venir el alba, llegó á los oidos de las damas una voz tan entonada y tan buena, que las obligó á que todas le prestasen atento oido, especialmente Dorotea que despierta estaba, á cuyo lado dormia Doña Clara de Viedma, que asi se llamaba la hija del Oidor. Nadie podia imaginar quien era la persona que tan bien cantaba, y era una voz sola sin que la acompañase instrumento alguno. Unas veces les parecia que cantaban en el patio, otras que en la caballeriza: y estando en esta confusion muy atentas, llegó á la puerta del aposento Cardenio y dijo: quien no duerme, escuche, que oiran una voz de un mozo de mulas, que de tal manera canta que

encanta. Ya le oímos, señor, respondió Dorotea: y con esto se fué Cardenio, y Dorotea poniendo toda la atencion posible, entendió que lo que se cantaba era esto.

CAPÍTULO XLIII.

Donde se cuenta la agradable historia del mozo de mulas, con otros extraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Marinero soy de amor,
y en su piélago profundo
navego sin esperanza
de llegar á puerto alguno.

Siguiendo voy á una estrella,
que desde lejos descubro,
mas bella y resplandeciente,
que cuantas vió Palinuro.

Yo no se adonde me guia,
y asi navego confuso,
el alma á mirarla atenta,
cuidadosa y con descuido.

Recatos impertinentes,
honestidad contra el uso
son nubes que me la encubren,
cuando mas verla procuro.

¡Ó clara y luciente estrella,
en cuya lumbre me apuro!
Al punto que te me encubras,
será de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaba á este punto, le pareció á Dorotea que no seria bien que dejase Clara de oir una tan buena voz, y asi moviéndola á una y á otra parte la despertó diciéndole : perdóname, niña, que te despierto, pues lo hago porque gustes de oir la mejor voz que quizá habras oido en toda tu vida. Clara despertó toda soñolienta, y de la primera vez no entendió lo que Dorotea le decia, y volviéndoselo á preguntar, ella se lo volvió á decir, por lo cual estuvo atenta Clara; pero apenas hubo oido dos versos que el que cantaba iba prosiguiendo, cuando le tomó un temblor tan extraño como si de algun grave accidente de cuartana estuviera enferma, y abrazándose estrechamente con Dorotea le dijo : ¡ay señora de mi alma y de mi vida! ¿para que me despertasteis? que el mayor bien que la fortuna me podia hacer por ahora, era tenerme cerrados los ojos y los oidos para no ver ni oir á ese desdichado músico. ¿Que es lo que dices, niña? mira que dicen que el que canta es un mozo de mulas. No es sino señor de lugares, respondió Clara, y él que él tiene en mi alma, con tanta seguridad le tiene, que si él no quiere dejarle no le será quitado eternamente. Admirada quedó Dorotea de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole que se aventajaban en mucho á la discrecion que sus pocos años prometian, y asi le dijo : hablais de modo, señora Clara, que no

puedo entenderos, declaraos mas y decidme ¿que es lo que decis de alma y de lugares, y de este músico cuya voz tan inquieta os tiene? Pero no me digais nada por ahora, que no quiero perder por acudir á vuestro sobresalto, el gusto que recibo de oir al que canta, que me parece que con nuevos versos y nuevo tono torna á su canto. Sea en buen hora, respondió Clara; y por no oirle se tapó con las manos entrambos oidos, de lo que tambien se admiró Dorotea, la cual estando atenta á lo que se cantaba, vió que proseguian en esta manera:

Dulce esperanza mia,
Que rompiendo imposibles y malezas,
Sigues firme la via
Que tu misma te finges y aderezas,
No te desmaye el verte
Á cada paso junto al de tu muerte.

No alcanzan perezosos
Honrados triunfos, victoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando á la fortuna,
Entregan desvalidos
Al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
Caras es gran razon, y es trato justo,
Pues no hay mas rica prenda
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifiesta
Que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfías
Tal vez alcanzan imposibles cosas.
Y asi, aunque con las mias
Sigo de amor las mas dificultosas,
No por eso rezelo
De no alcanzar desde la tierra el cielo.

Aquí dió fin la voz, y principio á nuevos sollozos Clara: todo lo cual encendia el deseo de Dorotea, que deseaba saber la causa de tan suave canto y de tan triste lloro, y asi le volvió á preguntar que era lo que le queria decir denantes. Entonces Clara, temerosa de que Lucinda no la oyese, abrazando estrechamente á Dorotea, puso su boca tan junto del oido de Dorotea, que seguramente podia hablar sin ser de otro sentida, y asi le dijo: este que canta, señora mia, es un hijo de un caballero natural del reino de Aragon, señor de dos lugares, el cual vivia frontero de la casa de mi padre en la Corte, y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa con lienzos en el invierno y celosías en el verano, yo no sé lo que fué, ni lo que no, que este caballero que andaba al estudio, me vió, ni sé si en la iglesia ó en otra parte: finalmente él se enamoró de mí y me lo dió á entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas y con tantas lágrimas que yo le hube de creer y aun querer sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hacia era una de juntarse la una mano con la otra, dándome á en-

tender que se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho de que asi fuera, como sola y sin madre, no sabia con quien comunicarlo, y asi lo dejé estar sin darle otro favor sino era, cuando estaba mi padre fuera de casa y el suyo tambien, alzar un poco el lienzo ó la celosía y dejarme ver toda, de lo que él hacia tanta fiesta que daba señales de volverse loco. Llegóse en esto el tiempo de la partida de mi padre, la cual él supo; y no de mí, pues nunca pude decírselo. Cayó malo, á lo que yo entiendo de pesadumbre, y asi el dia que nos partímos nunca pude verle para despedirme de él siquiera con los ojos; pero á cabo de dos dias que caminábamos, al entrar de una posada, en un lugar una jornada de aquí, le vi á la puerta del meson puesto en hábito de mozo de mulas, tan al natural que si yo no le trajera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocerle. Conocíle, adniréme y alegréme: él me miró á hurto de mi padre, de quien él siempre se esconde cuando atraviesa por delante de mí en los caminos y en las posadas donde llegamos: y como yo sé quien es, y considero que por amor de mí viene á pie y con tanto trabajo, muérome de pesadumbre, y adonde él pone los pies pongo yo los ojos. No sé con que intencion viene, ni como ha podido escaparse de su padre que le quiere extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque él lo merece como lo verá vuestra mer-

ced cuando le vea. Y mas le sé decir, que todo aquello que canta lo saca de su cabeza, que he oido decir que es muy grande estudiante y poeta: y hay mas, que cada vez que le veo ó le oygo cantar tiemblo toda, y me sobresalto temerosa de que mi padre le conozca y venga en conocimiento de nuestros deseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo eso le quiero de manera que no he de poder vivir sin él. Esto es, señora mia, todo lo que os puedo decir de este músico cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echaréis bien de ver que no es mozo de mulas como decis, sino señor de almas y lugares como yo os he dicho. No digais mas, señora Doña Clara, dijo á esta sazon Dorotea, y esto besándola mil veces: no digais mas, digo, y esperad que venga el nuevo dia, que yo espero en Dios de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el felice fin que tan honestos principios merecen. ¡Ay señora! dijo Doña Clara, ¿que fin se puede esperar si su padre es tan principal y tan rico, que le parecerá que aun yo no puedo ser criada de su hijo, cuanto mas esposa? Pues casarme yo á hurto de mi padre, no lo haré por cuanto hay en el mundo: no querria sino que este mozo se volviese y me dejase, quizá con no verle y con la gran distancia del camino que llevamos se me aliviaria la pena que ahora llevo; aunque sé decir, que este remedio que me imagino me ha de aprovechar bien poco: no sé

que diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que le tengo, siendo yo tan muchacha y él tan muchacho, que en verdad que creo que somos de una edad misma, y que yo no tengo cumplidos diez y seis años, que para el dia de San Miguel que vendrá dice mi padre que los cumplo. No pudo dejar de reirse Dorotea oyendo cuan como niña hablaba Doña Clara, á quien dijo: reposemos, señora, lo poco que creo queda de la noche, y amanecerá Dios y medrarémos, ó mal me andarán las manos. Sosegáronse con esto, y en toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la ventera y Maritórnes su criada, las cuales, como ya sabian el humor de que pecaba Don Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo haciendo la guarda, determinaron las dos de hacerle alguna burla, ó á lo menos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates.

Es pues el caso que en toda la venta no habia ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. Á este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que Don Quijote estaba á caballo, recostado sobre su lanzon, dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma: y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ó mi se-

ñora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y últimamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo: ¿y que hará ahora la tu merced? Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero que á tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas de ella, ó luminaria de las tres caras; quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando, que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó ya puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando como, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella este mi cuitado corazon padece, que gloria ha de dar á mis penas, que sosiego á mi cuidado, y finalmente que vida á mi muerte, y que premio á mis servicios. Y tú sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, asi como la veas suplícote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz en el rostro, que tendré mas zelos de tí que tú los tuviste de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entonces, zeloso y enamorado. Á este punto llegaba entonces Don Quijote en su tan

lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: señor mio, lléguese acá la vuestra merced si es servido. Á cuyas señas y voz volvió Don Quijote la cabeza y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, como le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana, y aun con rejas doradas como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta: y luego en el instante se le representó en su loca imaginacion, que otra vez como la pasada, la doncella fermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle, y con este pensamiento por no mostrarse descortes y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante y se llegó al agujero, y asi como vió á las dos mozas dijo: lástima os tengo, hermosa señora, de que háyais puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querais con significarme mas vuestros deseos que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneis ha-

llais en mí otra cosa con que satisfaceros, que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia, de dárosla en continente, si bien me pidiéseis una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma. No ha menester nada de eso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Maritórnes. Pues ¿que ha menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió Don Quijote. Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritórnes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada de ella fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso, respondió Don Quijote; pero él se guardará bien de eso, si ya no quiere hacer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritórnes que sin duda Don Quijote daria la mano que le habia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que habia de hacer, se bajó del agujero y se fué á la caballeriza donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero á tiempo que Don Quijote se habia puesto de pies sobre la silla de Rocinante, por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la herida doncella; y al darle

la mano dijo: tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo: tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera posesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis que tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo verémos, dijo Maritórnes; y haciendo una lazada corrediza al cabestro, se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: mas parece que vuestra merced me ralla que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien no se venga tan mal. Pero todas estas razones de Don Quijote ya no las escuchaba nadie, porque asi como Maritórnes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fué imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cui-

dado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro habia de quedar colgado del brazo, y asi no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podia esperar que estaria sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose Don Quijote atado y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar que todo aquello se hacia por via de encantamento como la vez pasada, cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero, y maldecia entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo se habia aventurado á entrar en él la segunda, siendo advertimiento de caballeros andantes que cuando han probado una aventura y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada sino para otros, y asi no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo por ver si podia soltarse, mas él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento porque Rocinante no se moviese: y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pie ó arrancarse la mano. Allí fué el desear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerza encantamento alguno: allí fué el maldecir de su fortuna: allí fué el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia el tiempo que

allí estuviese encantado, que sin duda alguna se habia creido que lo estaba : allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso : allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza que sepultado en el sueño y tendido sobre la albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que le habia parido: allí llamó á los sabios Lirgandea y Alguife que le ayudasen : allí invocó á su buena amiga Urganda que le socorriese : y finalmente allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaria su cuita, porque la tenia por eterna teniéndose por encantado : y haciale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte sin comer, ni beber, ni dormir habian de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase; pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aun estaba cerrada, con grandes golpes : lo cual visto por Don Quijote, desde donde aun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo : caballeros, ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para que lla-

mar á la puertas de este castillo, que asaz de claro está que á tales horas, ó los que estan dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo : desviaos afuera y esperad que aclare el dia, y entonces verémos si será justo ó no que os abran. ¿Que diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos mas de dar cebada á nuestras cabalgaduras y pasar adelante, porque vamos de priesa. ¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió Don Quijote. No sé de que teneis talle, respondió el otro, pero sé que decis disparates en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó Don Quijote, y aun de los mejores de toda esta provincia, y gente tiene dentro que ha tenido cetro en la mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al reves, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano : y será, si á mano viene que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decis, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó Don Quijote,

pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con Don Quijote pasaba y asi tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero despertó, y aun todos cuantos en la venta estaban; y asi se levantó á preguntar quien llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban, se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenia sin moverse á su estirado señor; y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias: y asi no se hubo movido tanto cuanto, cuando se desviaron los juntos pies de Don Quijote, y resbalando de la silla dieran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo: cosa que le causó tanto dolor que creyó, ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo que con los extremos de las puntas de los pies besaba la tierra, que era en su perjuicio, porque como sentia lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podia por alcanzar al suelo: bien asi como los que estan en el tormento de la garrucha puestos á toca no toca, que ellos mis-

mos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperanza que se les representa que con poco mas que estiren llegarán al suelo.

CAPÍTULO XLIV.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta.

En efecto fueron tantas las voces que Don Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta salió el ventero despavorido á ver quien tales gritos daba, y los que estaban fuera hicieron lo mismo. Maritórnes, que ya habia despertado á la mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro que á Don Quijote sostenia, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él le preguntaron que tenia que tales voces daba. Él sin responder palabra se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pie subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo volvió á medio galope diciendo: cualquiera que dijere que yo he sido con justo título encantado, como mi señora la Princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le reto y desafio á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de Don Quijote; pero el ventero les qui-

tó de aquella admiracion diciéndoles que era Don Quijote, y que no habia que hacer caso de él porque estaba fuera de juicio. Preguntáronle al ventero si acaso habia llegado á aquella venta un muchacho de hasta edad de quince años, que venia vestido como mozo de mulas, de tales y tales señas. dando las mismas que traia el amante de Doña Clara. El ventero respondió que habia tanta gente en la venta que no habia echado de ver en el que preguntaban; pero habiendo visto uno de ellos el coche donde habia venido el Oidor, dijo: aquí debe de estar sin duda, porque este es el coche que él dicen que sigue: quédese uno de nosotros á la puerta y entren los demas á buscarle, y aun seria bien que uno de nosotros rodease toda la venta, porque no se fuese por las bardas de los corrales. Asi se hará, respondió uno de ellos. Y entrándose los dos dentro, uno se quedó á la puerta y el otro se fué á rodear la venta: todo lo cual veia el ventero y no sabia atinar para que se hacian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscaban á aquel mozo cuyas señas le habian dado. Ya á esta sazon aclaraba el dia, y asi por esto como por el ruido que Don Quijote habia hecho, estaban todos despiertos y se levantaban, especialmente Doña Clara y Dorotea, que la una con el sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el deseo de verle, habian podido dormir bien

mal aquella noche. Don Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacia caso de él, ni le respondian á su demanda, moria y rabiaba de despecho y saña: y si él hallara en las ordenanzas de su caballería que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fe de no ponerse en ninguna hasta acabar la que habia prometido, él embistiera con todos y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle no convenirle, ni estarle bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo esperando á ver en que paraban las diligencias de aquellos caminantes: uno de los cuales halló al mancebo que buscaba, durmiendo al lado de un mozo de mulas, bien descuidado de que nadie le buscase ni menos de que le hallase. El hombre le trabó del brazo y le dijo: por cierto, señor Don Luis, que responde bien á quien vos sois el hábito que teneis, y que dice bien la cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió. Limpióse el mozo los soñolientos ojos y miró despacio al que le tenia asido, y luego conoció que era criado de su padre, de que recibió tal sobresalto que no acertó, ó no pudo hablarle palabra por un buen espacio, y el criado prosiguió diciendo: aquí no hay que hacer otra cosa, señor Don Luis, sino prestar paciencia y

dar la vuelta á casa, si ya vuestra merced no gusta que su padre y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. Pues ¿como supo mi padre, dijo Don Luis, que yo venia este camino y en este trage? Un estudiante, respondió el criado, á quien disteis cuenta de vuestros pensamientos fué el que lo descubrió, movido á lástima de las que vió que hacia vuestro padre al punto que os echó menos; y asi despachó á cuatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aquí á vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginar se puede por el buen despacho con que tornarémos, llevándoos á los ojos que tanto os quieren. Eso será como yo quisiere ó como el Cielo ordenare, respondió Don Luis. ¿Que habeis de querer ó que ha de ordenar el Cielo fuera de consentir en volveros? porque no ha de ser posible otra cosa. Todas estas razones que entre los dos pasaban oyó el mozo de mulas junto á quien Don Luis estaba, y levantándose de allí fué á decir lo que pasaba á Don Fernando y á Cardenio, y los demas que ya vestido se habian, á los cuales dijo como aquel hombre llamaba de Don á aquel muchacho, y las razones que pasaban, y como le queria volver á casa de su padre, y el mozo no queria: y con esto, y con lo que de él sabian de la buena voz que el Cielo le habia dado,

vinieron todos en gran deseo de saber mas particularmente quien era, y aun de ayudarle si alguna fuerza le quisiesen hacer, y asi se fueron hácia la parte donde aun estaba hablando y porfiando con su criado. Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella Doña Clara toda turbada y llamando Dorotea á Cardenio aparte le contó en breves razones la historia del músico y de Doña Clara, á quien él tambien dijo lo que pasaba de la venida á buscarle los criados de su padre, y no se lo dijo tan callando que lo dejase de oir Doña Clara, de lo que quedó tan fuera de sí que si Dorotea no llegara á tenerla, diera consigo en suelo. Cardenio dijo á Dorotea que se volviesen al aposento, que él procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hicieron. Ya estaban todos los cuatro que venian á buscar á Don Luis dentro de la venta y rodeados de él, persuadiéndole que luego sin detenerse un punto volviese á consolar á su padre. Él respondió que en ninguna manera lo podia hacer hasta dar fin á un negocio en que le iba la vida, la honra y el alma. Apretáronle entonces los criados, diciéndole que en ningun modo volverian sin él, y que le llevarian quisiese ó no quisiese. Esto no haréis vosotros, replicó Don Luis, sino es llevándome muerto, aunque de cualquiera manera que me lleveis será llevarme sin vida. Ya á esta sazon habian acudido á la porfía todos los mas que

en la venta estaban, especialmente Cardenio, Don Fernando, sus camaradas, el Oidor, el cura, el barbero y Don Quijote, que ya le pareció que no habia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del mozo, preguntó á los que llevarle querian ¿que les movia á querer llevar contra su voluntad á aquel muchacho? Muévenos, respondió uno de los cuatro, dar la vida á su padre que por la ausencia de este caballero queda á peligro de perderla. Á esto dijo Don Luis: no hay para que se dé cuenta aquí de mis cosas, yo soy libre y volveré si me diere gusto, y si no ninguno de vosotros me ha de hacer fuerza. Harásela á vuestra merced la razon, respondió el hombre, y cuando ella no bastare con vuestra merced, bastará con nosotros para hacer á lo que venimos y lo que somos obligados. Sepamos que es esto de raiz, dijo á este tiempo el Oidor; pero el hombre que le conoció, como vecino de su casa, respondió: ¿no conoce vuestra merced, señor Oidor, á este caballero que es el hijo de su vecino, el cual se ha ausentado de casa de su padre en el hábito tan indecente á su calidad como vuestra merced puede ver? Miróle entonces el Oidor mas atentamente y conocióle, y abrazándole dijo: ¿que niñerías son estas, señor Don Luis, ó que causas tan poderosas que os hayan movido á venir de esta manera y en este trage, que dice tan mal con

la calidad vuestra? Al mozo se le vinieron las lágrimas á los ojos y no pudo responder palabra al Oidor, el cual dijo á los cuatro que se sosegasen que todo se haria bien, y tomando por la mano á Don Luis le apartó á una parte, y le preguntó que venida habia sido aquella. Y en tanto que le hacia esta y otras preguntas, oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa de ellas que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada en saber lo que los cuatro buscaban, habian intentado á irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendia mas á su negocio que á los agenos, les asió al salir de la puerta y pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras que les movió á que le respondiesen con los puños; y asi le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle que á Don Quijote, á quien la hija de la ventera dijo: socorra vuestra merced, señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi padre, que dos malos hombres le estan moliendo como á cibera. Á lo cual respondió Don Quijote muy de espacio y con mucha flema: fermosa doncella, no ha lugar por ahora vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una

en que mi palabra me ha puesto ; mas lo que yo podré hacer por serviros es lo que ahora diré : corred y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se deje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la Princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la da tened por cierto que yo le sacaré de ella. ¡Pecadora de mí! dijo á esto Maritórnes que estaba delante : primero que vuestra merced alcance esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió Don Quijote, que como yo la tenga poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo menos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado que quedeis mas que medianamente satisfechas. Y sin decir mas se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La Princesa se la dió de buen talante, y él luego embrazando su adarga, y poniendo mano á su espada, acudió á la puerta de la venta, adonde aun todavía traian los dos huéspedes á mal traer al ventero; pero asi como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Ma-

ritórnes y la ventera le decian que en que se detenia, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dijo Don Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mogicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritórnes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de Don Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre. Pero dejémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó si no sufra y calle el que se atreve á mas de á lo que sus fuerzas le prometen, y volvámonos atras cincuenta pasos á ver que fué lo que Don Luis respondió al Oidor, que le dejamos aparte preguntándole la causa de su venida á pie y de tan vil trage vestido: á lo cual el mozo, asiéndole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaba el corazon, y derramando lágrimas en grande abundancia le dijo: señor mio, yo no sé deciros otra cosa sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitó nuestra vecindad, que yo viese á mi señora Doña Clara, hija vuestra y señora mia, desde aquel instante la hice dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señor y padre mio, no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ella

dejé la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seguirla donde quiera que fuese como la saeta al blanco, ó como el marinero al norte. Ella no sabe de mis deseos mas de lo que ha podido entender de algunas veces que desde lejos ha visto llorar mis ojos. Ya, señor, sabeis la riqueza y la nobleza de mis padres, y como yo soy su único heredero : si os parece que estas son partes para que os aventureis á hacerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo, que si mi padre, llevado de otros designios suyos, no gustare de este bien que yo supe buscarme, mas fuerza tiene el tiempo para deshacer y mudar las cosas, que las humanas voluntades. Calló en diciendo esto el enamorado mancebo, y el Oidor quedó en oirle suspenso, confuso y admirado, asi de haber oido el modo y la discrecion con que Don Luis le habia descubierto su pensamiento, como de verse en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino y no esperado negocio : y asi no respondió otra cosa sino que se sosegase por entonces, y entretuviese á sus criados que por aquel dia no se volviesen, porque se tuviese tiempo para considerar lo que mejor á todos estuviese. Besóle las manos por fuerza Don Luis, y aun se las bañó con lágrimas, cosa que pudiera enternecer un corazon de mármol, no solo el del Oidor, que como discreto ya habia conocido cuan bien le estaba á su hija

aquel matrimonio : puesto que si fuera posible le quisiera efectuar con voluntad del padre de Don Luis, del cual sabia que pretendia hacer de título á su hijo. Ya á esta sazon estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de Don Quijote mas que por amenazas, le habian pagado lo que él quiso, y los criados de Don Luis aguardaban el fin de la plática del Oidor y la resolucion de su amo, cuando el demonio que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entró en la venta el barbero á quien Don Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno que trocó con los del suyo : el cual barbero, llevando su jumento á la caballeriza, vió á Sancho Panza que estaba aderezando no sé que de la albarda, y asi como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho diciendo : ah Don ladron, que aquí os tengo; venga mi bacia y mi albarda, con todos mis aparejos que me robastes. Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vituperios que le decian, con la una mano asió de la albarda y con la otra dió un mogicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenia hecha en la albarda, antes alzó la voz de tal manera que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia : aquí del Rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me

quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentis, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor Don Quijote estos despojos. Ya estaba Don Quijote delante con mucho contento de ver cuan bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la órde la caballería. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir : señores, asi esta albarda es mia como la muerte que debo á Dios, y asi la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo que no me dejará mentir, sino pruébensela, y si no le viniere pintiparada yo quedaré por infame : y hay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien una bacía de azófar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener Don Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo : porque vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será yelmo de Mambrino, y me hice señor de

él con legítima y lícita posesion : en lo de la albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo de este vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la dí y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda, no sabré dar otra razon sino es la ordinaria, que como esas transformaciones se ven en los sucesos de la caballería : para confirmacion de lo cual, corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Par diez, señor, dijo Sancho, sino tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez de este buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó Don Quijote, que no todas las cosas de este castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á donde estaba la bacía y la trajo, y asi como Don Quijote la vió, la tomó en las manos y dijo : miren vuestras mercedes con que cara podrá decir este escudero que esta es bacía y no yelmo que yo he dicho : y juro por la órden de caballería que profeso que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dijo á esta sazon Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora no ha hecho con él

mas de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados, y si no fuera por este baciyelmo, no lo pasara entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

CAPÍTULO XLV.

Donde se acaba de averiguar la duda del yelmo de Mambrino y de la albarda, y otras aventuras sucedidas con toda verdad.

¿Que les parece á vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfian que esta no es bacia sino yelmo? Y quien lo contrario dijere, dijo Don Quijote, le haré yo conocer que miente si fuere caballero, y si escudero que remiente mil veces. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de Don Quijote, quiso esforzar su desatino y llevar adelante la burla para que todos riesen, y dijo hablando con el otro barbero: señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo, mas ha de veinte años, carta de examen, y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia sin que le falte uno; y ni mas ni menos fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien que es yelmo, y que es morrion y celada de encaje, y otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados; y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al

mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dijo Don Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera. Asi es, dijo el cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el barbero; y lo mismo confirmó Cardenio, Don Fernando y sus camaradas: y aun el Oidor, si no estuviera tan pensativo con el negocio de Don Luis, ayudara por su parte á la burla; pero las veras de lo que pensaba le tenian tan suspenso, que poco ó nada atendia á aquellos donaires. ¡Válame Dios! dijo á esta sazon el barbero burlado: ¿que es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía, sino yelmo? cosa parece esta que puede poner en admiracion à toda una universidad por discreta que sea. Basta, si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo como este señor ha dicho. Á mí albarda me parece, dijo Don Quijote, pero ya he dicho que en eso no me entremeto. De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en mas de decirlo el señor Don Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores mios, dijo Don Quijote, que son tan-

tas y tan extrañas las cosas que en este castillo en dos veces que en él he alojado me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa de lo que acerca de lo que en él se contiene se preguntare, porque imagino que cuanto en él se trata va por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces; y anoche estuve colgado de este brazo casi dos horas, sin saber como ni como no vine á caer en aquella desgracia. Asi que ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario: en lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia définitiva, solo lo dejo al buen parecer de vestras mercedes, quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos de ste lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podran juzgar de las cosas de este castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen. No hay duda, respondió a esto Don Fernando, sino que el señor Don Quijote ha dicho muy bien hoy que á nosotros toca la definicion de este caso: y porque vaya con mas fundamento yo tomaré en secreto los votos de estos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia. Para aque-

llos que la tenian del humor de Don Quijote, era todo esto materia de grandísima risa: pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente à los cuatro criados de Don Luis, y á Don Luis ni mas ni menos, y á otros tres pasageros que acaso habian llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran; pero el que mas se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le habia de volver en jaez rico de caballo, y los unos y otros se reian de ver como andaba Don Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándoles al oido para que en secreto declarasen si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se habia peleado: y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á Don Quijote conocian, dijo en alta voz: el caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que á ninguno prégunto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y asi habréis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el Cielo, dijo el sobrebarbero, si todos vuestras

mercedes no se engañan, y que asi parezca mi ánima ante Dios como ella me parece á mi albarda y no jaez; pero allá vayan leyes.... y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causaban risa las necedades que decia el barbero que los disparates de Don Quijote, el cual á esta sazon dijo: aquí no hay mas que hacer sino que cada uno tome lo que es suyo, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga. Uno de los cuatro dijo: si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son, ó parecen todos los que aquí estan, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía ni aquella albarda, mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia, porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mi à entender cuantos hoy viven en el mundo, al reves de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dijo el cura. Tanto monta, dijo el criado, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto uno de los cuadrilleros que habian entrado, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado dijo: tan albarda es como

mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere debe de estar hecho uva. Mentis como bellaco villano, respondió Don Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero se le dejara allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demas cuadrilleros que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su varilla y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de Don Luis rodearon á Don Luis, porque con el alboroto no se les fuese: el barbero, viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: Don Quijote puso mano á su espada y arremetió á los cuadrilleros: Don Luis daba voces á sus criados que le dejasen á él, y accorriesen á Don Quijote y á Cardenio y á Don Fernando, que todos favorecian á Don Quijote: el cura daba voces, la ventera gritaba, su hija se afligia, Maritórnes lloraba, Dorotea estaba confusa, Lucinda suspensa, y doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho: Sancho molia al barbero: Don Luis, á quien un criado suyo se atrevió á asirle del brazo porque no se fuese, le dió una puñada que le bañó los dientes en sangre: el Oidor le defendia: Don Fernando tenia debajo de sus pies á un cuadrillero

midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor: el ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la santa Hermandad; de modo que toda la venta era llanto, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mogicones, palos, coces y efusion de sangre: y en la mitad de este caos, máquina y laberinto de cosas se le representó en la memoria á Don Quijote, que se veia metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y asi dijo con voz que atronaba la venta: ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óyganme todos, si todos quieren quedar con vida. Á cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿no os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna region de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual quiero que veais por vuestros ojos, como se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad como allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced, señor Oidor, y vuestra merced, señor cura, y el uno sirva de Rey Agramante y el otro de Rey Sobrino, y póngannos en paz, porque por Dios todo poderoso que es gran bellaquería, que tanta gente principal como aquí estamos, se mate por causas tan livianas. Los

cuadrilleros, que no entendian el frásis de Don Quijote y se veian mal parados de Don Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse: el barbero sí, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas y la albarda: Sancho á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: los cuatro criados de Don Luis tambien se estuvieron quedos, viendo cuan poco les iba en no estarlo; solo el ventero porfiaba que se habian de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta: finalmente el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jacz hasta el dia del juicio, y la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de Don Quijote. Puestos pues ya en sosiego, y hechos amigos todos á persuasion del Oidor y del cura, volvieron los criados de Don Luis á porfiarle que al momento se viniese con ellos, y en tanto que él con ellos se avenia, el Oidor comunicó con Don Fernando, Cardenio y el cura que debia hacer en aquel caso, contándoseles con las razones que Don Luis le habia dicho. En fin fué acordado que Don Fernando dijese á los criados de Don Luis quien él era, y como era su gusto que Don Luis se fuese con él á la Andalucía, donde de su hermano el Marques seria estimado como el valor de Don Luis merecia, porque de otra manera se sabia de la intencion de Don Luis que no volveria por

aquella vez á los ojos de su padre si le hiciesen pedazos. Entendida pues de los cuatro la calidad de Don Fernando y la intencion de Don Luis, determinaron entre ellos que los tres se volviesen á contar lo que pasaba á su padre, y el otro se quedase á servir á Don Luis, y á no dejarle hasta que ellos volviesen por él ó viese lo que su padre les ordenaba. De esta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del Rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia grangeado de haberlos puesto á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano resucitando nuevas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediese habian de llevar lo peor de la batalla; pero á uno de ellos, que fué el que fué molido y pateado por Don Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traia para prender algunos delincuentes, traia uno contra Don Quijote, á quien la santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de Don Qui-

jote traia venian bien, y sacando del seno un pergamino, topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer de espacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia ponia los ojos en Don Quijote, é iba cotejando las señas del mandamiento con el rostro de Don Quijote, y halló que sin duda alguna era el que el mandamiento rezaba; y apenas se hubo certificado cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á Don Quijote del cuello fuertemente que no le dejaba alentar, y á grandes voces decia: favor á la santa Hermandad, y para que se vea que lo pido de veras léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia y como convenia con las señas con Don Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto y crujiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo le asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros allí dejara la vida antes que Don Quijote la presa. El ventero, que por fuerza habia de favorecer á los de su oficio, acudió luego á darle favor. La ventera que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz á cuyo tenor le levantaron luego Maritórnes y su hija pidiendo favor al cielo y á

los que allí estaban. Sancho dijo viendo lo que pasaba : vive el señor que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos de este castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. Don Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á dársele atado y entregado á toda su voluntad, porque asi convenia al servicio del Rey y de la santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oir decir estas razones Don Quijote, y con mucho sosiego dijo: venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamais el dar libertad á los encadenados, soltar á los presos, socorrer á los miserables, alzar los caidos, remediar á los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto mas la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrillería, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la santa Hermandad,

decidme ¿quien fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? quien el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada. sus fueros sus brios, sus premáticas su voluntad? quien fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones, como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? Que caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la Reina, moneda forera, portazgo, ni barca? que sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? que castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? que Rey no le asentó á su mesa? que doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente ¿que caballero andante ha habido, hay, ni habrá en el mundo que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPÍTULO XLVI.

De la notable aventura de los cuadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen caballero Don Quijote.

En tanto Don Quijote esto decia, estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros como Don Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendíesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco: á lo que respondió el del mandamiento que á él no tocaba juzgar de la locura de Don Quijote, sino hacer lo que por su mayor le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas. Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aun él dejará llevarse, á lo que yo entiendo. En efecto tanto les supo el cura decir, y tantos locuras supo Don Quijote hacer, que mas locos fueran que no él los cuadrilleros si no conocieran la falta de Don Quijote, y asi tuvieron por bien de apaciguarse y aun de ser medianeros de hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que todavía asistian con gran rencor á su pendencia. Finalmente ellos como

miembros de justicia mediaron la causa y fueron árbitros de ella, de tal modo que ambas partes quedaron si no del todo contentas, á lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas: y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura á socapa y sin que Don Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula de recibo y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamas amen. Sosegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales y de mas tomo, restaba que los criados de Don Luis se contentasen de volver los tres, y que el uno quedase para acompañarle donde Don Fernando le queria llevar: y como ya la buena suerte y mejor fortuna habia comenzado á romper lanzas, y á facilitar dificultades en favor de los amantes de la venta y de los valientes de ella, quiso llevarlo al cabo y dar á todo felice suceso, porque los criados se contentaron de cuanto Don Luis queria, de que recibió tanto contento Doña Clara que ninguno en aquella sazon le mirara el rostro que no conociera el regocijo de su alma. Zoraida, aunque no entendia bien todos los sucesos que habia visto, se entristecia y alegraba á bulto conforme veia y notaba los semblantes á cada uno, especialmente de su Español, en quien tenia siempre puestos los ojos y traia colgada el alma. El ventero, á

quien no se le pasó por alto la dádiva y recompensa que el cura habia hecho al barbero. pidió el escote de Dón Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho sín que se le pagase primero hasta el último ardite. Todo lo apaciguó el cura y lo pagó Don Fernando: puesto que el Oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como Don Quijote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Octaviano: de todo lo cual fué comun opinion que se debian dar las gracias á la buena intencíon y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de Don Fernando. Viéndose pues Don Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias, asi de su escudero como suyas, le pareció que seria bien seguir su comenzado viage y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido: y asi con resoluta determinacion se fué á poner de hinojos ante Dorotea. la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecerle se puso en pie y le dijo: es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencla es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la ex-

periencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo y alcanza la victoria antes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciosa señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algun dia: porque ¿ quien sabe si por ocultas espías y diligentes habrá sabido ya vnestro enemigo el gigante de que yo voy á destruirle, y dándole lugar el tiempo se fortificase en algun inexpugnable castillo ó fortaleza, contra quien valiesen poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Asi que, sañora mia prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus désignios, y partámonos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza como desea, de cuanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dijo mas Don Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa Infanta, la cual con ademan señoril y acomodado al estilo de Don Quijote, le respondió de esta manera: yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente el favorecer los huérfanos y menesterosos: y quiera

el Cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mugeres en el mundo : y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo mas volnntad que la vuestra, disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenare. Á la mano de Dios, dijo Don Quijote, pues asi es que una señora se me humilla, yo no quiero perder la ocasion de levantarla y ponerla en su heredado trono : la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro : y pues no ha criado el Cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante ni acobarde, ensilla Sancho Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la Reina, y despidámonos del castellano y de estos señores, y vamos de aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba presente, dijo meneando la cabeza á una parte y á otra : ay señor, y como hay mas mal en la aldegüela que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas. — ¿ Que mal puede haber en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio, villano ? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como

debe un buen criado decir á su señor. Dí lo que quisieres, replicó Don Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes haces como quien eres, y si yo no le tengo hago como quien soy. No es eso, pecador fuí yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora, que se dice ser Reina del gran reino Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque á ser lo qae ella dice, no se anduviera hocicando con alguno de los que estan en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Púsose colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo Don Fernando alguna vez á hurto de otros ojos, habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo cual habia visto Sancho y parecídole que aquella desenvoltura mas era de dama cortesana que de Reina de tan gran reino, y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores días, ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para que darme priesa á que ensille Rocinante, albarde el jumento y aderece el palafreu, pues será mejor que nos estemos quedos; cada puta hile, y comamos. ¡ Ó válame Dios, y cuan grande que fué

el enojo que recibió Don Quijote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: ó bellaco villano, mal mirado, descompuesto, é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente, ¿tales palabras has osado decir en mi presencia y en la de estas ínclitas señoras, y tales deshonestitades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de ballaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas, vete, no parezcas delañte de mí so pena de mi ira. Y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pie derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debajo de sus pies la tierra y le tragara: y no supo que hacerse, sino volver las espaldas y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de Don Quijote, dijo para templarle la ira: no os depecheis, señor Caballero de la Triste figura, de las sandeces que vuestro buen escudero ha

dicho, porque quizá no las debe decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia sè puede sospechar que levante testimonio á nadie : y asi se ha de creer, sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica via lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazon Don Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia de este desdichado que no sabe levantar testimonios á nadie. Asi es y asi será, dijo don Fernando, por lo cual debe vuestra merced, señor Don Quijote, perdonarle y reducirle al gremio de su gracia *sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacasen de juicio. Don Quijote respondiò que él le perdonaba, y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, é hincándose de rodillas pidio la mano á su amo. y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar le echó la bendicion, diciendo : ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser veadad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas de este cas-

tillo son hechas por via de encatamento. Asi lo creo yo, dijo Saucho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió Don Quijote, que si asi fuera yo te vengara entonces y aun ahora; pero ni entonces ni ahora pude, ni vi en quien tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos que era aquello de la manta, y el ventero les contó punto per punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho si de nuevo no le asegurara su amo que era encantamento, puesto que jamas llego la sandez de Sancho á tanto que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no fantasmas soñadas ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba. Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella illustre compañía estaba en la venta: y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y Don Fernando con Don Quijote á su aldea con la invencion de la libertad de la Reína Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevársele como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron fué que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que le llevase en esta forma: hicieron una co-

mo jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente Don Quijote : y luego Don Fernando y sus camaradas, con los criados de Don Luis y los cuadrilleros, juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del cura se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quien de una manera y quien de otra, de modo que á Don Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adondé él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refregias. Llegáronse á él, que libre y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiéndole fuertemente le ataron muy bien las manos y los pies, de modo que cuando él despertó con sobresaltó no pudo menearse, ni hacer otra cosa mas que admirarse y suspenderse de ver delante de si tan extraños visages: y luego dió en la cuenta de lo que su continua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender : todo á punto como habia pensado que sucederia, el cura trazador de esta máquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en su misma figuro : el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quien eran todas aquellas contra-

hechas figuras; mas no osó descoser su boca hasta ver en que paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra atendiendo á ver el paradero de su desgracia, que fué que trayendo allí la jaula le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Tomaronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no el de la albarda sino el otro, que decia:» ¡ó Caballero de la Triste figura! no te dé afincamiento la prision en que vas, porque asi conviene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la cual se acabará cuando el furibundo leon manchego, con la blanca paloma tobosina, yoguieren en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimonesco: de cuyo inaudito consorcio saldran á la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre: y esto será antes que el seguidor de la fugitiva ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágines con su rápido y natural curso. Y tú, ó el mas noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices, no te desmaye ni descontente ver llevar asi delante de tus ojos mismos á la flor de la caballeria andante: que presto, si al plasmador del mundo le place, te verás tan alto y tan subli-

mado que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor: y asegúrote de parte de la sabia Mentironiana que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra, y sigue las pisadas del valeroso y encantando caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos: y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé.» Y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oian. Quedó Don Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre sadrian los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha: y creyendo esto bien y firmemente alzó la voz, y dando un gran suspiro dijo: ó tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho: que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi cárcel, y por alivio estas cadenas que

me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso : y en lo qae toca á la consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder que no me dejará en buena ni en mala suerte, porque cuando no suceda por la suya, ó por mi corta ventura el poderle yo dar la ínsula, ú otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAPÍTULO XLVII.

Del extraño modo con que fué encantado Don Quijote de la Mancha, con otros famosos sucesos.

CUANDO Don Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo: muchas y muy graves historias he yo leido de caballeros andantes, pero jamas he leido, ni visto ni oido que à los caballeros encantados los lleven de este manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales: porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados èn alguna parda y obscura nube, ó en algun carro de fuego, ó va sobre algun hipógrifo ú otra bestia semejante; pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusion; pero quizá la caballería y los encantos de estos nuestros tiempos, deben de seguir otro camino que siguieron los antiguos: y tambien podria ser que como y soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos y otros modos de llevar á

los encantados. ¿Que te parece de esto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como vuestra merced en las escrituras andantes; pero con todo eso osaria afirmar y jurar que estas visiones que por aquí andan, no son del todo católicas. ¡Católicas mi padre! respondió Don Quijote, ¿como han de ser católicas, si son todos demoniòs que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto, y á ponerme en este estado? y si quieres ver esta verdad tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de aire, y como no consisten en mas de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los he tocado: y este diablo que aquí anda tan solícito es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo he oido decir que tienen los demonios: porque segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores; pero este huele á ámbar de média legua. Decia esto Sancho por Don Fernando, que como tan señor debia de oler à lo que Sancho decia. No te maravilles de esto, Sancho amigo, respondió Don Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada porque son espíritus, y si huelen no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas: y la razon es que como ellos donde quiera que estan traen el infierno consigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus

tormentos, y el buen olor sea cosa que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena : y si á tí te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado, y temiendo Don Fernando y Cardenio que Sancho no viniese à caer del todo en la cuenta de su invencion, à quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero le ordenaron que ensillase á Rocinante y enalbardase el jumento de Sancho, el cual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el cura se habia concertado con los cuadrilleros que la acompañasen hasta su lugar, dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante, del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno y tomase de las riendas á Rocinante, y puso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros con sus escopetas; pero antes que se moviese el carro salió la ventera, su hija y Maritórnes á despedirse de Don Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgracia, á quien Don Quijote dijo : no lloreis mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso y si estas calamidades no me acontecieran no me tuviera yo por famoso caballero andante, por-

que á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde de ellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos Príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa que por sí sola, á pesar de toda la nigromancia que supo su primer inventor Zoroástes, sadrá vencedora de todo trance y dará de sí luz en el mundo, como la da el sol en el cielo. Perdonadme, hermosas damas, si algun desaguisado por descuido mio os he hecho, que de voluntad y á sabiendas jamas le dí á nadie, y rogad á Dios me saque de estas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si de ellas me veo libre no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes hecho para gratificarlas, servirlas y recompensarlas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con Don Quijote, el cura y el barbero se despidieron de Don Fernando y sus camaradas, y del capitan y de su hermano, y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Lucinda. Todos se abrazaron y quedaron de darse noticia de sus sucesos, diciendo Don Fernando al cura donde habia de escribirle para avisarle en lo que paraba Don Quijote, asegurándole que no habria

cosa que mas gusto le diese que saberlo : y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, asi de su casamiento como del bautismo de Zoraida, y suceso de Don Luis, y vuelta de Lucinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al cura y le dió unos papeles, diciéndole que los habia hallado en un aforro de la maleta donde se halló la novela del curioso impertinente, y que pues su dueño no habia vuelto mas por allí, que se los llevase todos, que pues él no sabia leer no los queria. El cura se lo agradeció, y abriéndolos luego vió que al principio de lo escrito decia : *Novela de Rinconete y Cortadillo;* por donde entendió ser alguna novela, y coligió que pues la del Curiosn impertinente habia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de un mismo autor : y asi la guardó con presupuesto de leerla cuando tuviese comodidad. Subió á caballo, y tambien su amigo el barbero con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de Don Quijote, y pusiéronse á caminar tras el carro; y la órden que llevaban era esta : iba primero el carro guiándole su dueño, á los dos lados iban los cuadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas : seguia luego Sancho Panza sobre su asno, lle-

vando de las riendas Rocinante : detras de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. Don Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como si no fuera hombre de carne, sino estatua de piedra : y asi con aquel espacio y silencio caminaron hasta dos leguas, que llegaron á un valle donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar, y dar pasto á los bueyes : y comunicándolo con el cura, fué de parecer el barbero que caminasen un poco, porque él sabia que detras de un recuesto que cerca de allí se mostraba, habia un valle de mas yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del barbero, y asi tornaron á proseguir su camino. En esto volvió el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados porque caminaban, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto á sestear á la venta, que menos de una legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortesmente, y uno de los que ve-

nian, que en resolucion era canónigo de Toledo y señor de los demas que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y mas á Don Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar que significaba llevar aquel hombre de aquella manera: aunque ya se habia dado á entender, viendo las insignias de los cuadrilleros, que debia de ser algun facinoroso salteador ú otro delincuente cuyo castigo tocase á la santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros á quien fué hecha la pregunta respondió asi: señor, lo que significa ir este caballero de esta manera, dígalo él porque nosotros no lo sabemos. Oyó Don Quijote la plática y dijo: ¿por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? Porque si lo son comunicaré con ellos mis desgracias, y si no no hay para que me canse en decirlas. Y á este tiempo habian ya llegado el cura y el barbero. viendo que los caminantes estaban en pláticas con Don Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio. El canónigo, á lo que Don Quijote dijo, respondió: en verdad, hermano, que sé mas de libros de caballerías que de las súmulas de Villalpando: asi que si no está en mas que en esto, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiereis. Á la mano de Dios, replicó Don Qui-

jote : pues asi es, quiero, señor caballero, que sepais que yo voy encantado en esta jaula por envidia y fraude de malos encantadores, que la virtud mas es perseguida de los malos que amada delos buenos : caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamas la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envidia y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopia ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor Don Quijote de la Mancha, dijo á esta sazon el cura, que él va encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada y la valentía enoja. Este es, señor, el Caballero de la Triste figura, si ya le oisteis nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritas en bronces duros y en eternos mármoles, por mas que se canse la envidia en obscurecerlos y la malicia en ocultarlos. Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo, estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian. En esto Sancho Panza, que se

habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo dijo: ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es que asi va encantado mi señor Don Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demas hombres, y como las hacia ayer antes que le enjaulasen. Siendo esto asi, ¿como quieren hacerme á mi entender que va encantado? pues yo he oido decir á muchas personas que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan; y mi amo, si no le van á la mano, hablará mas que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al cura, prosiguió diciendo: ah señor cura, señor cura, ¿pensará vuertra merced que no le conozco? y pensará que yo no calo y adivino adonde se encaminan estos nuevos encantamentos? pues sepa que le conozco por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por mas que disimulo sus embustes. En fin donde reina la envidia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escasez hay liberalidad. Mal haya el diablo que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviera casado con la Infanta Micomicona, y yo fuera Conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, asi de la bondad de mi señor el de la Triste figura, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de

la fortuna anda mas lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos, hoy estan por el suelo. De mis hijos y de mi muger me pesa, pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho Gobernador ó Visorey de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que he dicho, señor cura, no es mas de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor Don Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso. Adóbame esos candiles, dijo á este punto el barbero, ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? vive el Señor, que voy viendo que le habeis de tener compañía en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os empreñasteis de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que tanto deseais. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni soy hombre que me dejaria empreñar del Rey que fuese, y aunque pobre soy cristiano viejo y no debo nada á nadie, y si ínsulas deseo, otros desean otras cosas peores, y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser Papa, cuanto mas

Gobernador de una ínsula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor que le falte á quien darlas. Vuestra merced mire como habla, señor barbero, que no es todo hacer barbas, y algo va de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso: y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quédese aquí porque es peor menearlo. No quiso responder el barbero á Sancho porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir: y por este mismo temor habia el cura dicho al canónigo que caminase un poco delante, que él le diria el misterio del enjaulado con otras cosas que le diesen gusto. Hízolo asi el canónigo, y adalantóse con sus criados y con él: estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de Don Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío y todo el progreso de sus sucesos, hasta haberle puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oir la peregrina historia de Don Quijote, y en acabándola de oir dijo: Verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías: y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso

gusto, casi el principio de todos los mas que hay impresos, jamas me he podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cual mas cual menos todos ellos son una misma cosa, y no tiene mas este que aquel, ni estotro que el otro: y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milesias, que son cuentos disparatados que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente: y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo como puedan conseguirlo siendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite, que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura y concordancia que ve ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. ¿Pues que hermosura puede haber, ó que proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro, ó fábula, donde un mozo de diez y seis años da una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? Y que ¿cuando nos quieren pintar una batalla, despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes? Como sea contra ellos el señor

del libro, forzosamente, mal que nos pese, habemos de entender que el tal caballero alcanzó la vitoria por solo el valor de su fuerte brazo. ¿Pues que dirémos de la facilidad con que una Reina, ó Emperatriz heredera, se conduce en los brazos de un andante y no conocido caballero? Que ingenio, si no es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros va por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía y mañana amanece en tierras del Preste Juan de las Indias, ó en otras que ni las descubrió Tolomeo, ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que asi no estan obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles habria yo que tanto la mentira es mejor cuanto mas parece verdadera, y tanto mas agrada cuanto tiene mas de lo dudoso y posible. Hanse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas: y todas estas cosas no podrá hacer el que huyere de la verisimilitud y de la imitacion, en que consiste la perfeccion de lo que se escribe. No he

visto ningun libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros que mas parece que llevan intencion á formar una quimera, ó un monstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera de esto son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en la cortesía mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages, y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil. El cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento y que tenia razon en cuanto decia: y asi dijo que por ser él de su misma opinion, y tener ojeriza á los libros de caballerías, habia quemado todos los de Don Quijote, que eran muchos; y contóle el escrutinio que de ellos habia hecho, y los que habia condenado al fuego, y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo que con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el sugeto que ofrecian, para que un buen entendimiento pudiese mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufra-

gios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando á un capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándole prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer: pintando hora un lamentable y trágico suceso, hora un alegre y no pensado acontecimiento: allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada: aquí un caballero cristiano, valiente y comedido: acullá un desaforado bárbaro fanfarron: acá un Príncipe cortes, valeroso y bien mirado: representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores: ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulíses, la piedad de Enéas, la valentía de Aquíles, las desgracias de Hector, las traiciones de Sinon, la amistad de Euríalo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zópiro, la prudencia de caton, y finalmente todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos: y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y

con ingeniosa invencion, que tire lo mas que fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lazos tejida, que despues de acabada, tal perfeccion y hermosura muestre que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho, porque la escritura desatada de estos libros da lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria, que la épica tambien puede escribirse en prosa como en verso.

CAPÍTULO XLVIII.

Donde prosigue el canónigo la materia de los libros de caballerías, con otras cosas dignas de su ingenio.

Asi es como vuestra merced dice, señor canónigo dijo el cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina. Yo á lo menos, replicó el canónigo, he tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías guardando en él todos los puntos que he significado: y si he de confesar la verdad tengo escritas mas de cien hojas, y para hacer le experiencia de si correspondian á mi estimacion las he comunicado con hombres apasionados de esta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oir disparates, y de todos he hallado una agradable aprobacion; pero con todo esto no he proseguido adelante, asi por parecerme que hago cosa agena de mi profesion, como por ver que es mas el número de

los simples que de los prudentes; y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. Pero lo que mas me le quitó de las manos, y aun del pensamiento de acabarle, fué un argumento qoe hice conmigo mismo, sacado de las comedias que ahora se representan, diciendo: si estas que ahora se usan, asi las imaginadas como las de historia, todas ó las mas son conocidos disparates, y cosas que no llevan pies ni cabeza, y con todo eso el vulgo las oye con gusto y las tiene y las aprueba por buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las componen y los actores que las representan dicen que asi han de ser, porque asi las quiere el vulgo y no de otra manera, y que las que llevan traza y siguen la fábula como el arte pide, no sirven sino para cuatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que á ellos les está mejor ganar de comer con los muchos que no opinion con los pocos: de este modo vendrá á ser mi libro al cabo de haberme quemado las cejas por guardar los preceptos referidos, y vendré á ser el sastre del cantillo: y aunque algunas veces he procurado persuadir à los actores qne se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraeran y mas fama

cobrarán representando comedias que sigan el arte, que no con las disparatadas, ya estan tan asidos é incorporados en su parecer que no hay razon ni evidencia que los saque. Acuérdome que un dia dije à uno de estos pertinaces: decidme, ¿no os acordais que ha pocos años que se representaron en España tres tragedias, que compuso un famoso poeta de estos reinos, las cuales fueron tales que admiraron, alegraron y suspendieron à todos cuantos las oyeron, asi simples como prudentes, asi del vulgo como de los escogidos, y dieron mas dineros à los representantes ellas tres solas que treinta de las mejores que despues acá se han hecho? ¿ Sin duda, respondió el actor que digo, que debe de decir vuestra merced por *la Isabela*, *la filis*, y *la Alejandra*! Por esas digo, le repliqué yo, y mirad si guardaban bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dejaron de parecer lo que eran y de agradar á todo el mundo: asi que no está la falta en el vulgo, que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Sí que no fué disparate *la ingratitud vengada*, ni le tuvo *la numancia*, ni se le halló en la del *mercader amante*, ni menos en *la enemiga favorable*, ni en otras algunas que de algunos entendidos poetas han sido compuestas para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado: y otras cosas añadí á estas con que à mi parecer le dejé algo

confuso pero no satisfecho ni convencido para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado vuestra merced, señor canónigo, dijo á esta sazon el cura, que ha despertado en mí un antigo rencor que tengo con las comedias que ahora se usan, tal que iguala al que tengo con los libros de caballerías: porque habiendo de ser la comedia, segun le parece à Tulio, espejo de la vida humana, ejemplo de las costumbres é imágen de la verdad. las que ahora se representan son espejos de disparates, ejemplos de necedades é imágenes de lascivia: porque ¿ que mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir un niño en mantillas en la primera escena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y ¿ que mayor, que pintarnos un viejo valiente, y un mozo cobarde, un lacayo retórico, un page consejero, un rey ganapan, y una princesa fregona? Que diré pues de la observancia que guardan en los tiempos en que pueden ó podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada comenzó en Europa la segunda en Asia, la tercera se acabó en África, y aun si fuera de cuatro jornadas la cuarta acabara en América, y asi se hubiera hecho en todas las cuatro partes del mundo? Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, ¿ como es posible que satisfaga á ningun mediano en-

tendimiento que fingiendo una accion que pasa en tiempo del rey Pepino y Carlo Magno, al mismo que en ella hace la persona principal le atribuyan que fué el emperador Heraclio, que entró con la cruz en Jerusalen, y el que ganó la Casa santa como Godofro de Bullon, habiendo infinitos años de lo uno á lo otro, y fundándose la comedia sobre cosa fingida attribuirle verdades de historia, y mezclarle pedazos de otras sucedidas á diferentes personas y tiempos, y esto no con trazas verisímiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables? Y es lo malo que hay ignorantes que digan que esto es lo perfecto, y que lo demas es buscar gullurías. ¿Pues que si venimos á las comedias divinas? ¿Que de milagros falsos fingen en ellas, que de cosas apócrifas y mal entendidas, atribuyendo á un santo los milagros de otro? y aun en las humanas se atreven á hacer milagros sin mas respeto, ni consideracion, que parecerles que allí estará bien el tal milagro y apariencia como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga á la comedia: que todo esto es en perjuicio de la verdad y en menoscabo de las historias, y aun en oprobio de los ingenios españoles, porque los extrangeros, que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por bárbaros é ignorantes viendo los absurdos y disparates de las que hacemos: y no seria bastante disculpa de

esto decir que el principal intento que las repúblicas bien ordenadas tienen permitiendo que se hagan públicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y divertirla á veces de los malos humores que suele engendrar la ociosidad, y que pues esto se consigue con cualquier comedia buena ó mala, no hay para que poner leyes, ni estrechar á los que las componen y representan á que las hagan como debian hacerse, pues como he dicho, con cualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. Á lo cual responderia yo, que este fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna con las comedias buenas que con las no tales, porque de haber oido la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras, admirado de los sucesos, discreto con las razones, advertido con los embustes, sagaz con los ejemplos, airado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el ánimo del que la escuchare, por rústico y torpe que sea: y de toda imposibilidad es imposible dejar de alegrar y entretener, satisfacer y contentar la comedia que todas estas partes tuviere, mucho mas que aquella que careciere de ellas, como por la mayor parte carecen estas que de ordinario ahora se representan. Y no tienen la culpa de esto los poetas que las componen, por-

que algunos hay de ellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben extremadamente lo que deben hacer; pero como las comedias se han hecho mercadería vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian si no fuesen de aquel jaez, y asi el poeta procura acomodarse con lo que el representante, que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad véase por muchas é infinitas comedias que ha compuesto un felicísimo ingenio de estos reinos, con tanta gala, con tanto donaire, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graves sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama: y por querer acomodarse al gusto de los representantes no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hacen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas veces, por haber representado cosas en perjuicio de algunos reyes, y en deshonra de algunos linages: y todos estos inconvenientes cesarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que hubiese en la corte una persona inteligente y discreta que examinase todas las comedias antes que se representasen; no solo aquellas que se hiciesen en la corte, sino todas

las que se quisiesen representar en España, sin la cual aprobacion, sello y firma, ninguna justicia en su lugar dejase representar comedia alguna : y de esta manera los comediantes tendrian cuidado de enviar las comedias á la corte, y con seguridad podrian representarlas, y aquellos que las componen mirarian con mas cuidado y estudio lo que hacian, temerosos de haber de pasar sus obras por el riguroso exámen de quien lo entiende : y de esta manera se harian buenas comedias y se conseguiria felicísimamente lo que en ellas se pretende, asi el entretenimiento del pueblo como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuidado de castigarlos : y si se diese cargo á otro, ó á este mismo, que examinase los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasion que los libros viejos se obscureciesen á la luz de los nuevos que saliesen para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos sino de los mas ocupados, pues no es posible que esté continuo el arco armado, ni la condicion y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna lícita recreacion. Á este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura, cuando adelantándose el barbero llegó

á ellos y dijo al cura : aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que sesteando nosotros, tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Asi me lo parece á mí, respondió el cura : y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecia; y asi por gozar de él como de la conversacion del cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber mas por menudo las hazañas de Don Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no lejos de allí estaba, y trajesen de ella lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde : á lo cual uno de sus criados respondió que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á tomar de la venta mas que cebada. Pues asi es, dijo el canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras y haced volver la acémila. En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la continua asistencia del cura y del barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo y le dijo : señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros son el cura de nuestro lugar y el barbero, é

imagino han dado esta traza de llevarle de esta manera de pura envidia que tienen, como vuestra merced se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaido y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa. y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño y verá como no va encantado sino trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió Don Quijote, que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad: y en lo que dices, que aquellos que allí van y vienen con nosotros son el cura y el barbero, nuestros compatriotas y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos, pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las de estos nuestros amigos para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones que no aciertes á salir de él aunque tuvieses la soga de Teseo: y tambien lo habrán hecho para que yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño: porque si por una parte tú me dices

que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme, ¿que quieres que diga ó piense sino que la manera de mi encantamento excede á cuantas yo he leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Asi que bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los que dices, porque asi son ellos como yo soy turco: y en lo que toca á querer preguntarme algo, di, que yo te responderé aunque me preguntes de aquí á mañana. ¡Válame nuestra Señora! respondió Sancho, dando una gran voz, ¿y es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro y tan falto de meollo que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgracia tiene mas parte la malicia que el encanto! Pero pues asi es yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: si no dígame, asi Dios le saque de esta tormenta, y asi se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando menos piense. Acaba de conjurarme, dijo Don Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es que me diga sin añadir, ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir

y la dicen todos aquellos que profesan las armas, como vuestra merced las profesa, debajo de título de caballeros andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió Don Quijote, acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegarias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y asi porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento, ¿si acaso despues que vuestra merced va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho; aclárate mas si quieres que te responda derechamente. ¿Es posible que no entienda vuestra merced de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir ¿si le ha venido gana de hacer lo que no se excusa? Ya, ya te entiendo, Sancho: y muchas veces y aun ahora la tengo; sácame de este peligro, que no anda todo limpio.

CAPÍTULO XLIX.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor Don Quijote.

Ha, dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber, como el alma y como la vida. Venga acá, señor, ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad, no sé que tiene fulano, ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? De donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encantados; pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió Don Quijote; pero ya te he dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago aunque antes no lo hacian: de manera que contra el uso de los tiempos

no hay que argüir ni de que hacer consecuencias : yo sé y tengo para mí que voy encantado, y este me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande si yo pensase que no estaba encantado y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho, digo que para mayor abundancia y satisfaccion seria bien que vuestra merced probase á salir de esta cárcel que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo y aun sacarle de ella, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado segun va de melancólico y triste : y hecho esto probásemos otra vez la suerte de buscar mas aventuras; y si no nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos à la jaula : en la cual prometo á ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con vnestra merced, si acaso fuere vuestra merced tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó Don Quijote, y cuando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo: pero tú, Sancho, verás como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas pláticas

se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero, hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y déjólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como Don Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero: el cual rogó al cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque si no le dejaban salir no iria tan limpia aquella prision como requeria la decencia de un tal caballero como su amo. Entendiόle el cura, y dijo que de muy buena gana haria lo que le pedia, si no temiera que en viéndose su señor en libertad habia de hacer de las suyas é irse donde jamas gentes le viesen. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo y todo, dijo el canónigo, y mas si el me da la palabra, como caballero, de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy, respondió Don Quijote, que todo lo estaba escuchando, cuanto mas que el que está encantado como yo, no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos: y si hubiere huido le hará volver en volándas, y que pues esto era asi, bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos, y del no

soltarle les protestaba que no podia dejar de fatigarles el olfato si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fe y palabra le desenjaularon, de que él se alegró infinito y en grande manera de verse fuera de la jaula: y lo primero que hizo fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas dijo: aun espero en Dios y en su bendita madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor á cuestas, y yo encima de tí, ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo. Y diciendo esto Don Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliviado y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenase. Mirábale el canónigo y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondia mostraba tener bonísimo entendimiento, solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías: y asi movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba, para esperar el repuesto del canónigo, le dijo: ¿es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con vuestra merced la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo que venga á creer que va encan-

tado, con otras cosas de este jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿como es posible que haya entendimiento humano, que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadises y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapizonda, tanto Felixmarte de Hircania, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trages, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes, y finalmente tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero cuando caygo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor de ellos en la pared, y aun diera con él en el fuego si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena, por ser falsos y embusteros y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien da ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como

contienen : y aun tienen tanto atrevimiento que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traido á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula y traerle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar para ganar con él dejando que le vean. Ea, señor Don Quijote, duélase de sí mismo y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando el felicísimo talento de su ingenio en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra : y si todavía llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la santa Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Anibal Cartago, un Alejandro Grecia, un Conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andalucía, un Diego García de Paredes Extremadura, un Garci Perez de Várgas Xerez, un Garcilaso Toledo, un Don Manuel de Leon Sevilla, cuya leccion de sus valerosos hechos puede entretener, enseñar, deleitar y admirar á los mas altos ingenios que los leyeren. Esta sí será lectura digna del buen enten-

dimiento de vuestra merced, señor Don Quijote mio, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía: y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, de donde segun he sabido trae vuestra merced su principio y orígen. Atentísimamente estuvo Don Quijote escuchando las razones del canónigo, y cuando vió que ya habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: paréceme, señor hidalgo, que la plática de vuestra merced se ha encaminado á querer darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, dañadores, é inútiles para la república, y que yo he hecho mal en leerlos y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante que ellos enseñan, negandome que haya habido en el mundo Amadises, ni de Gaula ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras estan llenas. Todo es al pie de la letra como vuestra merced lo va relatando, dijo á esta sazon el canónigo. Á lo cual respondió Don Quijote: añadió tambien vuestra merced diciendo que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puéstome en una jau-

la, y que me seria mejor hacer la enmienda y mudar de lectura leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleitan y enseñan. Asi es, dijo el canónigo. Pues yo, replicó Don Quijote, hallo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es vuestra merced, pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recibida en el mundo y tenida por tan verdadera que el que la negase, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena que vuestra merced dice que da á los libros cuando los lee y le enfadan: porque querer dar á entender á nadie que Amadis no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que estan colmadas las historias, será querer persuadir que el sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta: porque ¿que ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la Infanta Florípes, y Güi de Borgoña, y lo de Fierabras, con la puente de Mantible, que sucedió en el tiempo de Carlo Magno? que voto á tal que es tanta verdad como es ahora de dia: y si es mentira, tambien lo debe de ser que hubo Hector, ni Aquíles, ni la guerra de Troya, ni los doce Pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda hasta ahora convertido en cuervo y le esperan en su reino por momentos: y tambien se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del

santo Grial, y que son apócrifos los amores de Don Tristan y de la Reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña: y es esto tan asi, que me acuerdo yo que me decia una mi abuela de partes de mi padre, cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo menos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. ¿Pues quien podrá negar no ser verdadera la historia de Piérres y la linda Magalona, pues aun hasta hoy dia se ve en la armería de los reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Piérres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta? y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan tamaño como una grande viga: de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Piérres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes de estos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Si no díganme tambien que no es verdad que fué caballero andante el valiente Lusitano Juan de Merlo, que fué á Borgoña, y se combatió en la ciudad de Ras con el famoso Señor de Charní, llamado Mosen Piérres, y despues en la ciudad de Ba-

silea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor y lleno de honrosa fama : y las aventuras y desafíos que tambien acabaron en Borgoña las valientes españoles Pedro Barba, y Gutierre Quijada (de cuya alcurnia yo deciendo por línea recta de varon) venciendo á los hijos del Conde de san Polo. Niéguenme asimismo que no fué á buscar las aventuras á Alemania Don Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del Duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del Paso, las empresas de Mosen Luis de Fálses contra Don Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos de estos y de los reinos extrangeros tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que el que las negase careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el canónigo de oir la mezcla que Don Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería, y asi le respondió : no puedo yo negar, señor Don Quijote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles : y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia, pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el

Arzobispo Turpin de ellos escribe : porque la verdad de ello es que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quienes llamaron Pares por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía : á lo menos si no lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que la profesan han de ser, ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos : y como ahora dicen caballero de San Juan ó de Alcántara, decian en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija que vuestra merced dice del conde Piérres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los reyes, confieso mi pecado que soy tan ignorante ó tan corto de vista que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues allí está sin duda alguna, replicó Don Quijote, y por mas señas dicen que está metida en una funda de baqueta, porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el canónigo, pero por las órdenes que recibí que no me acuerdo haberla visto : mas puesto que conceda que está allí,

no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como vuestra merced tan honrado y de tan buenas partes y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que estan escritas en los disparatados libros de caballerías.

CAPÍTULO L.

De las discretas altercaciones que Don Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos.

Bueno está eso, respondió Don Quijote: los libros que estan impresos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quienes se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de cualquier estado y condicion que sean ¿habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto y dia por dia que el tal caballero hizo ó caballeros hicieron? Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y créame que le aconsejo en esto lo que debo de hacer como discreto, si no léalos y verá el gusto que recibe de su leyenda. Si no dígame ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago do pez hirviendo á borbollones, y que

andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras y lagartos y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima, que dice: « tú, caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo de estas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si asi no lo haces, no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete fadas, que debajo de esta negregura yacen: » ¿ y que apenas el caballero no acabado de oir la voz temerosa, cuando sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sas fuertas armas, encomendándose á Dios y á su señora, se arroja en mitad del bulliente lago, y cuando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el Cielo es mas transparente, y que el sol luce con claridad mas nueva: ofrécesele á los ojos una apacible floresta de tan verdes y frondosos árboles compuesta que alegra á la vista su verdura, y entretiene los oidos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y pintados pajarillos que por los in-

tricados ramos van cruzando. Aquí descubre un arroyuelo cuyas frescas aguas, que liquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá ve una arsificiosa fuente de jaspe variado y de liso mármol compuesta, acá ve otra á lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas con las torcidas casas blancas y amarillas del caracol, puestas con órden desordenada, mezclados entre ellas pedazos de cristal luciente y de contrahechas esmeraldas, hacen una variada labor, de manera que el arte imitando á la naturaleza parece que allí la vence. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo, ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura: y ¿hay mas que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos los cuentan seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el herviente lago, y

llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar, ó castillo: y hacerle desnudar como su madre le parió, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadisimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un manton sobre los hombros, que por lo ménos dicen que suele valer una ciudad y aun mas? que es ver pues cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala; donde halla puestas las mesas con tanto concierto que queda suspenso y admirado? que, el verle echar agua á manos, toda de ámbar y de olorosas flores distilada? que, el hacerle sentar sobre una silla de márfil? que, verle servir todas las doncellas guardando un maravilloso silencio? que, el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados que no sabe el apetito á cual deba de alargar la mano? cual será oir la música que en tanto que come suena, sin saberse quien la canta ni adonde suena? y despues de la comida acabada y las mesas alzadas quedarse el caballero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero y comenzar á darle cuenta de que castillo es aquel, y de como ella está encantada en él,

con otras cosas que suspenden al caballero y admiran á los oyentes que van leyendo su historia ? No quiero alargarme mas en esto. pues de ello se puede colegir que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero audante, ha de causar gusto y maravilla á cualquiera que la leyere : y vuestra merzed créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros y verá como le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion, si acaso la tiene mala. De mí sé decir que despues que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, biencriado, generoso, cortes, atrevido, blando, paciente; sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco que me vi encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el Cielo y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme rey de algun reino adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra : que mia fe, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que solo consiste en el deseo es cosa muerta como la fe sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciose presto alguna ocasion donde me hiciese emperador, por mostrar mi pecho, haciendo bien á mis amigos especialmente á este pobre Sancho Panza mi

escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le tengo muchos dias ha prometido : sino que temo qne no ha de tener habilidad para gebernar su estado. Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo : trabaje vuestra merced, señor Don Quijote, en darme ese condado, tan prometido de vuestra merced como de mi esperado, que yo le prometo que no me falte á mi habilidad para gobernarle ; y cuando me faltare, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida gozando dela renta que le dan sin curarse de otra cosa : y asi haré yo, y no repararé en tanto mas cuanto, sino que luego me desistiré de todo y me gozaré mi renta como un Duque, y allá se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dijo el canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta, empero el administrar justicia ha de entenderlo el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion ds acertar, que si esta falta en los principios, siempre iran errados los medios y los fines y asi suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. Nó se esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas solo sé que tan presto tuviese

yo el condado como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan rey seria yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento, y en estando uno contento no tiene mas que desear, y no teniendo mas que desear acabóse, y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro. No son malas filosofías esas, como tú dices, Sancho, pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de condados. Á lo cual replicó Don Quijote: yo no sé que haya que decír, solo me guio por muchos y diversos ejemplos que podria traer á este propósito de caballeros de mi prefesion, que correspondiendo á los leales y señalados servicios que de sus escuderos habian recibido, les hícieron notables mercedes heciéndoles señores absolutos de ciudades é insulas, y cual hubo que llegaron sus merecimientos á tanto que tuvo humos de hacerse rey. Pero ¿ para que gasto tiempe en esto ofreciéndome un tan insigne ejemplo el grande y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo á su escudero conde de la ínsula Firme. Y asi puedo yo sin escrupulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escnderos que caballero andante ha tenído. Admirado quedó el canónigo de los

concertados disparates (si disparates sufren concierto) que Don Quijote había dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las pensadas mentiras de los libros que habia leido, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido. Ya en esto volvian los criados del canónigo, que á la venta habian ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alfombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho : y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo, y un son de esquila que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban, sonaba, y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo : tras ella venia un cabrero dándole voces; y diciéndole palabras á su uso para que se detuviese ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida se vino á la gente, como á favorecerse de ella, y allí se detuvo. Llegó el cabrero y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento, le dijo : ha cerrera, cerrera, manchada, manchada, ¿ y como andais vos estos dias de pie cojo ? que

lobos os espantan, hija? no me direis que es esto, hermosa? Mas que puede ser sino que sois hembra y no podeís estar sosegada, que mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quienes imitais. Volved, volved, amiga, que si no tán contenta, á lo menos estareis segura en vuestro aprisco, ó con vuestras compañeras: que si vos, que las habeis de guardar y encaminar, andais tan sin guia y descamínada ¿ en que podran parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco, y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño, que pues ella es hembra, como vos decis, ha de seguir su natural instínto por mas que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado, y bebed una vez, con que templareis la cólera, y en tanto descansará la cabra: y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo y agradeciólo el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo: no querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso me tuviesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije: rústico soy pero no tanto que no entiendo como se ha de tratar con los hombres y con las bestias. Eso creo yo muy bien dijo

el cura, que ya yo sé de experiencia que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filósofos. Á lo menos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados: y para que creais esta verdad y la toqueis por la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, sí no os enfadais de ello y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al cura) ha dicho y la mia. Á esto respondió Don Quijote: por ver que tiene este caso un no sé que de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte oa oiré, hermano, de muy buena gana, y asi lo haran todos estos señores por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sín duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad pues, amigo, que todos escucharémos. Saco la mia, dijo Sancho, que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oido decir á mi señor Don Quijote, que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere hasta no poder mas, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada que no aciertan á salir de ella en seis dias, y si el hombre no va harto ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, co-

mo muchas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo Don Quijote: vete adonde quisieres y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccien, como se la daré escuchando el cuento de este buen hombre. Asi la darémos todos á las nuestras, dijo el canónigo; y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre et lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño, se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia de esta manera.

CAPÍTULO LI.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á Don Quijote.

Tres leguas de este valle está una aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que hay en todos estos contornos, en la cual habia un labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anejo al ser rico el ser honrado, mas lo era él por la virtud que tenia que por la riqueza que alcanzaba: mas lo que le hacia mas dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba, se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas: ¿que digo yo por las circunvecinas no mas, si se extendió á las apartadas ciudades, y aun se entró por las salas de los reyes y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara, ó como á imágen de milagros, de

todas partes á verla venian! Guardábala su padre y guardábase ella, que no hay candados, guardas, ni cerraduras que mejor guarden á una doncella que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija moviéron á muchos, asi del pueblo como forasteros, á que por muger se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso sin saber determinarse á quien la entregaria de los infinitos que le importunaban, y entre los muchos que tan buen deseo tenian, fuí yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso, conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente en la hacienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada y por salir de esta confusion determinó decírselo á Leandra (que asi se llama la rica que en miseria me tiene puesto) advirtiendo que pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto: cosa digna de imitar de todos los padres que á sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dejen escoger en cosas ruines y malas, sino que se las propongan

buenas, y de las buenas que escojan á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venia de las Italias y de otras diversas partes, de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doce años, un capitan que con su compañía allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce vestido á la soldatesca, pintado con mil colores, y lleno de mil dijes de cristal y sutiles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dandole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notó y contó punto por punto sus galas y preseas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones de ellas, que si no se los contaran hubiera quien jurara, que habia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos y de

mas de veinte plumas : y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos la boca abierta pendiente de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado : habia muerto mas moros que tiene Marruecos y Túnez, y entrado en mas singulares desafíos, segun él decia, que Gante y Luna, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con victoria sin que le hubiesen derramado una sola gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reencuentros y facciones. Finalmente con una no vista arrogancia llamaba de vos á sus iguales y á los mismos que le conocian, y decia que su padre era su brazo, su linage sus obras, y que debajo de ser soldado al mismo rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco músico y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacia hablar; pero no pararon aquí sus gracias, que tambien la tenia de poeta, y asi de cada niñería que pasaba en el pueblo componia un romance de legua y media de escritura. Este

soldado pues que aquí he pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galan, este músico, este poeta fué visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trages, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido, y finalmente, que asi el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar de él antes que en él naciese presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no hay ninguno que con mas facilidad se cumpla que el que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente: y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teníale cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con mas triunfo de esta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y aun á todos los que de él noticia tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto habia, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte

desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de la Roca la habia engañado, y debajo de palabra de ser su esposo le persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas vistosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles, y que ella mal advertida y peor engañada le habia creido, y robando á su padre se le entregó la misma noche que habia faltado, y que él la llevó á un áspero monte y la encerró en aquella cueva donde la habian hallado. Contó tambien como el soldado, sin quitarle su honor le robó cuanto tenia, y la dejó en aquella cueva y se fué: suceso que de nuevo puso en admiracion á todos. Difícil, señor, se hizo de creer la continencia del mozo; pero ella lo afirmó con tantas veras que fueron parte para que el desconsolado padre se consolase, no haciendo cuenta de las riquezas que le llevaban, pues le habian dejado á su hija con la joya, que si una vez se pierde no deja esperanza de que jamas se cobre. El mismo dia que pareció Leandra, la desapareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso, Los pocos años de Lean-

dra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo menos con aquellos que no les iba algun interes en que ella fuese mala ó buena : pero los que conocian su discrecion y mucho entendimiento, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo menos sin tener cosa que mirar que contento les diese, los mios en tinieblas sin luz que á ninguna cosa de gusto les encaminase con la ausencia de Leandra : crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente Anselmo y yo nos concertámos de dejar la aldea y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien mias, pasamos la vida entre los árboles dando vado á nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. Á imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmado de pastores y de

apriscos, y no hay parte en él donde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra. Este la maldice y la llama antojadiza, varia y deshonesta, aquel la condena por fácil y ligera, tal la absuelve y perdona, y tal la ajusticia y vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura que hay quien se queje de desden sin haberle jamas hablado, y aun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente: el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que se muestra menos y el que mas juicio tiene es mi competidor Anselmo, el cual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja: yo sigo otro camino mas fácil y á mi parecer el mas acertado, que es decir mal de la ligereza

de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos é intenciones: y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aquí llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros: si he sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas, no menos á la vista que al gusto agradables.

CAPÍTULO LII.

De la pendencia que Don Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

GENERAL gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchado le habian, especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan lejos de parecer rústico cabrero, cuan cerca de mostrarse discreto cortesano: y asi dijo que habia dicho muy bien el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto fué Don Quijote, que le dijo: por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallara posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego me pusiera en camino porque vos la tuvierais buena, que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna debe de estar contra su voluntad) á Leandra, á pesar de la Abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hicierais de ella á toda vuestra voluntad y talante; guardando pero

las leyes de caballería que mandan que á ninguna doncella se le sea hecho desaguisado alguno : aunque yo espero en Dios nuestro Señor que no ha de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda como me obliga mi profesion, que no es otra sine de favorecer à los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á Don Quijote de tan mal pelage y catadura, admiróse y preguntó al barbero que cerca de si tenia : señor ¿ quien es este hombre que tal talle tiene, y de tal manera habla ? Quien ha de ser, respondió el barbero, sino el muy famoso Don Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios y enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas. Eso me semeja, respondió el cabrero, á la que se lee en lós libros de caballeros andantes, que hacian todo eso que de este hombre vuestra merced dice, puesto que para mí tengo ó que vuestra merced se burla, ó que este gentilhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazon Don Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuvo la muy hideputa puta que os parió. Y diciendo y hablando arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia

que le remachó las narices; mas el cabrero que no sabia de burlas, viendo con cuantas veras le maltrataban, sin tener respeto á la alfombra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre Don Quijote y asiéndole del cuello con entrambas manos no dudara de ahogarle si Sancho Panza no llegara en aquel punto y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas y derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. Don Quijote que se vió libre acudió á subir sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza: pero estorbáronselo el canónigo y el cura; mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á Don Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mogicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros, como hacen á los perros cuando en pendencia estan trabados: solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado del canónigo, que le estorbaba que á su amo ayudase. En resolucion estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el

son de una trompeta tan triste que les hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba ; pero el que mas se alborotó de oirle fué Don Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dijo: hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no mas de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oidos llega, me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero, que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y Don Quijote se puso en pie volviendo asimismo el rostro adonde el son se oia, y vió á deshora que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de disciplinantes. Era el caso que aquel año habian las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo á Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese : y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba, venia en procesion à una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. Don Quijote, que vió los extraños trages de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura y qne á

él solo tocaba, como à caballero andante, el acometerla: y confirmóle mas esta imaginacion pensar que una imágen que traian cubierta de luto, fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones y descomedidos malandrines: y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno y la adarga, y en punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada, subió sobre Rocinante y embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: ahora, valerosa compañía, veredes cuanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la orden de la andante caballería: ahora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes. Y en diciendo esto apretó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamas la diese Rocinante) se fué á encontrar con los disciplinantes: bien que fueron el cura, el canónigo y el barbero á detenerle, mas no les fué posible, ni menos le detuvieron las voces que Sancho le daba diciendo: ¿adonde va, señor Don Quijote? ¿que demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fe católica? advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de disciplinantes,

y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imágen benditísima de la Virgen sin mancilla : mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no sabe lo que hace. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no volviera si el rey se lo mandara. Llegó pues á la procesion, y paró Rocinante que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz dijo : vosotros, que quizá por no ser buenos os encubris los rostros, atended y escuchad lo que deciros quíero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imágen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de Don Quijote, la flaqueza de Rocinante y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en Don Quijote, le respondió diciendo : señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó Don Quijote, y es esta, que luego al punto dejeis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes fecho : y yo que nací

en el mundo para desfacer semejantes agravios, no consentiré que un solo paso adelante pase sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron que Don Quijote debia de ser algun hombre loco, y tornáronse á reir muy de gana, cuya risa fué poner pólvora á la cólera de Don Quijote, porque sin decir mas palabra sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las llevaban, dejando la carga á sus compañeros, salió al encuentro de Don Quijote enarbolando una horquilla, ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró Dou Quijote con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano, dió tal golpe á Don Quijote encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir la adarga contra la villana fuerza, que el pobre Don Quijote vino al suelo muy malparado. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido dió voces á su moledor quc no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sino el ver que Don Quijote no bullia pie ni mano: y asi creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta y dió á huir por la campaña como un

gamo. Ya en esto llegaron todos los de la compañía de Don Quijote adonde él estaba; mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hiciéronse todos un remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotes, empuñando las disciplinas, y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiesen á sus acometedores: pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa sino arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el mas doloroso y risueño llanto del mundo, creyendo que estaba muerto. El cura fué conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quien era Don Quijote, y asi él como toda la turba de los disciplinantes fueron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decia: ¡ ó flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ó honra de tu linage, honor y gloria de toda la Mancha y aun de todo el mundo, el cual faltando tú en él quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorías! ó liberal sobre todos los

Alejandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ó humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante que es todo lo que decir se puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió Don Quijote, y la primera palabra que dijo fué: el que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rocinante porque tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos à mi aldea en compañía de estos señores que su bien desean, y allí daremos órden de hacer otra salida que nos sea de mas provecho y fama. Bien dices, Sancho, respondió Don Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre. El canónigo, el cura y el barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia: y asi habiendo recibido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á Don Quijote en el carro como antes venia: la procesion volvió á ordenarse y à proseguir su camino: el cabrero se despidió de todos: los

cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debia: el canónigo pidió al cura le avisase del suceso de Don Quijote, si sanaba de su locura ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viage. En fin todos se dividieron y apartaron, quedando solos el cura y el barbero, Don Quijote y Panza y el bueno de Rocinante, que à todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó à Don Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quizo; y al cabo de seis dias llegaron á la aldea de Don Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de Don Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venia, y cuando conocieron à su compatriota quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina, de que su tio y su señor venia flaco y amarillo y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron à los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á Don Quijote por sus puertas. Á las nuevas de esta venida de Don Quijote acu-

dió la muger de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y asi como vió á Sancho, lo primero que le preguntó fué que si venia bueno el asno. Sancho respondió que venia mejor que su amo. Gracias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora amigo ¿que bien habeis sacado de vuestras escuderías? que saboyana me traeis á mí? que zapaticos á vuestros hijos? No traygo nada de eso, dijo Sancho, muger mia, aunque traygo otras cosas de mas momento y consideracion. De eso recibo yo mucho gusto, respondió la muger: mostradme esas cosas de mas consideracion y mas momento, amigo mio, que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, muger, dijo Panza, y por ahora estad contenta, que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viage á buscar aventuras, vos me vereis presto conde ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino la mejor que pueda hallarse. Quiéralo asi el cielo, marido mio, que bien lo habemos menester. Mas decidme ¿que es eso de ínsulas? que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, muger, y aun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos. ¿Que es lo que decis,

Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos, respondió Juana Panza, que asi se llamaba la muger de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te acucies, Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad y cose la boca: solo te sabré decir asi de paso que no hay cosa mas gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las mas que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran, las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sélo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado y de otras molido; pero con todo eso es linda cosa esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo maravedí. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su muger en tanto que el ama y sobrina de Don Quijote le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en que parte estaba. El cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviesen alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido me-

nester para traerle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente ellas quedaron confusas y temerosas, de que se habian de ver sin su amo y tio en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y asi fué como ellas se lo imaginaron. Pero el autor de esta historia, puesto que con curiosidad y diligencia ha buscado los hechos que Don Quijote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellos á lo menos por escrituras auténticas; solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha que Don Quijote la tercera vez que salió de su casa fué á Zaragoza, donde se halló en unas famosas justas que en aquella ciudad hicieron, y allí le pasaron cosas dignas de su valor y buen entendimiento. Ni de su fin y acabamiento pudo alcanzar cosa alguna, ni la alcanzara, ni supiera, si la buena suerte no le deparara un antiguo médico que tenia en su poder una caja de plomo, que segun él dijo, se habia hallado en los cimientos derribados de una antigua ermita que se renovaba : en la cual caja se habian hallado unos pergaminos escritos con letras góticas, pero en versos castellanos, que contenian muchas de sus hazañas y daban noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura

de Rocinante, de la fidelidad de Sancho Panza, y de la sepultura del mismo Don Quijote, con diferentes epitafios y elogios de su vida y costumbres: y los que se pudieron leer y sacar en limpio fueron los que aquí pone el fidedigno autor de esta nueva y jamas vista historia. El cual autor no pide á los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo que le costó inquirir y buscar todos los archivos manchegos por sacarla á luz, sino que le den el mismo crédito que suelen dar los discretos á los libros de caballerías que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendrá por bien pagado y satisfecho, y se animará á sacar y buscar otras, si no tan verdaderas, á lo menos de tanta invencion y pasatiempo. Las palabras primeras que estaban escritas en el pergamino que se halló en la caja de plomo, eran estas:

LOS ACADÉMICOS DE LA ARGAMASILLA, LUGAR DE LA MANCHA, EN VIDA Y MUERTE DEL VALEROSO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

HOC SCRIPSERUNT.

EL MONICONGO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, Á LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE.

EPITAFIO.

El calvatrueno que adornó la Mancha
De mas despojos que Jason de Creta:

El juicio que tuvo la veleta,
Aguda donde fuera mejor ancha:

El brazo que su fuerza tanto ensancha,
Que llegó del Catay hasta Gaeta:
La musa mas horrenda y mas discreta,
Que grabó versos en broncínea plancha:

El que á cola dejó los Amadises,
Y en muy poquito á Galaores tuvo,
Estribando en su amor y bizarría:

El que hizo callar los Belianises:
Aquel que en Rocinante errando anduvo,
Yace debajo de esta losa fria.

DEL PANIAGUADO, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, *IN LAUDEM DULCINEÆ DEL TOBOSO.*

SONETO.

Esta que veis de rostro amondongado,
Alta de pechos y ademan brioso,
Es Dulcinea, reina del Toboso,
De quien fué el gran Quijote aficionado.

Pisó por ella el uno y otro lado
De la gran sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel hasta el herboso
Llano de Aranjuez, á pie y cansada,

Culpa de Rocinante, ¡Ó dura estrella!
Que esta manchega dama, y este invito
Andante caballero, en tiernos años,

Ella dejó muriendo de ser bella,
Y él, aunque queda en mármoles escrito,
No pudo huir de amor, iras y engaños.

DEL CAPRICHOSO DISCRETÍSIMO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LOOR DE ROCINANTE CABALLO DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

SONETO.

En el soberbio tronco diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
Frenético el Manchego su estandarte
Tremola con esfuerzo peregrino:

Cuelga las armas y el acero fino,
Con que destroza, asuela, raja y parte.
¡Nuevas proezas! pero inventa el arte
Un nuevo estilo al nuevo Paladino.

Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos bravos descendientes Grecia
Triunfó mil veces, y su fama ensancha,

Hoy á Quijote le corona el aula
Do Belona preside, y dél se precia
Mas que Grecia, ni Gaula la alta Mancha.

Nunca sus glorias el olvido Mancha,
Pues hasta Rocinante, en ser gallardo,
Excede â Brilladoro y á Bayardo.

DEL BURLADOR ACADÉMICO ARGAMASILLESCO, Á SANCHO PANZA.

SONETO.

Sancho Panza es aqueste en cuerpo chico,
Pero grande en valor. ¡Milagro extraño!
Escudero el mas simple y sin engaño
Que tuvo el mundo, os juro y certifico.

De ser conde no estuvo en un tantico,
Si no se conjuraran en su daño
Insolencias y agravios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan á un borrico.

Sobre él anduvo (con perdon se miente)
Este manso escudero, tras el manso
Caballo Rocinante y tras su dueño.

¿Õ vanas esperanzas de la gente,
Como pasais con prometer descanso,
Y al fin parais en sombra, en hnmo, en sueño?

DEL CACHILLADO ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DON QUIJOTE.

EPITAFIO.

Aquí yace el Caballero
bien molido y mal andante,
á quien llevó Rocinante
por uno y otro sendero.

Sancho Panza el majadero
yace tambien junto á él,
escudero el mas fiel
que vió el trato de escudero.

DEL TIQUITOC, ACADÉMICO DE LA ARGAMASILLA, EN LA SEPULTURA DE DULCINEA DEL TOBOSO.

EPITAFIO.

Reposa aquí Dulcinea,
y aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.

Fué de castiza ralea,
y tuvo asomos de dama,
del gran Quijote fué llama,
y fué gloria de su aldea.

Estos fueron los versos que se pudieron leer y los demas, por estar carcomida la letra, se entregaron á un académico para que por conjeturas los declarase. Tiénese noticia que lo ha hecho á costa de muchas vigilias y mucho trabajo, y que tiene intencion de sacarlos á luz, con esperanza de la tercera salida de Don Quijote.

Forsi altro canterá con miglior plettro.

FIN DEL TOMO TERCERO.

TABLA

DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE TOMO.

LYON, IMPRENTA DE C. COQUE,
calle del palacio del Arzobispo.

